

BOLSILIBROS BRUGUERA

SS

SERVICIO SECRETO

crimen para supersticiosos

KEITH LUGER



Duke Martin terminó de peinarse frente al espejo.

Se acercó a la cama donde dormía su amigo Lou Bates y le zarandeó.

—Eh, Lou, despierta.

Lou abrió los ojos y se los restregó.

—¿Qué pasa, Duke?

Publicada por Editorial Bruguera en la colección Punto Rojo con el número 151.



Keith Luger

Crimen para supersticiosos

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1315

ePub r1.0

Lds 21.08.18

Título original: *Crimen para supersticiosos*

Keith Luger, 1975

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Duke Martin terminó de peinarse frente al espejo.

Se acercó a la cama donde dormía su amigo Lou Bates y le zarandeó.

—Eh, Lou, despierta.

Lou abrió los ojos y se los restregó.

—¿Qué pasa, Duke?

—Son ya las nueve. Hemos de ir a ganarnos el pan.

—No podemos, Duke.

—¿Por qué no?

—¿Es que no te acuerdas? Hoy es trece.

—Sí, lo es.

—Todo nos saldrá mal.

—Te probaré que te equivocas.

—Pero, Duke, es trece y viernes^[1].

Éste dio un suspiro.

—Muchacho, para mí es un día como otro cualquiera.

—Nos pasarán las mayores desgracias.

Duke se metió la mano en el bolsillo y sacó un dólar.

—No podemos estar peor de lo que estamos, Lou.

—Ayer teníamos diez pavos. No me digas que te gastaste los otros nueve.

—Hice una inversión.

—¿Rubia o pelirroja?

—Lou, eres un pitoniso... Fue una mujer realmente. Una morena.

—Contigo es fácil acertar.

—Gracias a los nueve dólares, esa chica está en condiciones de hacer frente al mundo.

—Claro. Ella puede comer y nosotros no.

—Anda, vístete... Iremos a la oficina de Patrick. Seguro que tiene algún trabajo para nosotros.

—Sólo nos faltaba eso. Caer en las garras de ese usurero.

—De vez en cuando está dispuesto a darnos un dólar a ganar.

—Es trece y viernes, y seguro que Patrick nos propone un asesinato.

—Entonces nos lo cargaremos a él, pero antes le haremos escupir el dinero que nos ha robado desde que le conocemos.

—Si dependiese de mí, yo me quedaría todo el día en esta cama.

—¿No te gustaría despachar un tazón de café con leche y tostadas rociadas con mantequilla?

Duke sabía cómo atacar a Lou en su parte más sensible. El estómago.

La boca de Lou se estaba convirtiendo en agua.

—Pero ¿cómo vamos a despachar eso con un solo dólar?

—Patrick lo pagará. ¿No ha ocurrido así otras veces?

—Pero recuerda lo que dijo Patrick la última vez que estuvimos en su oficina... «Salgan de aquí, par de leprosos, antes que me contaminen, y no vuelvan a poner los pies en este honrado negocio».

—Sí, eso fue lo que dijo. Pero tú sabes que nada es verdad. ¿Has estado tú alguna vez leproso?

—No.

—¿Patrick es honrado?

—No.

—Pues ahí lo tienes.

Eso bastó para que Lou decidiese vestirse.

Minutos después, los dos amigos abandonaban la habitación. Iban a bajar la escalera cuando Lou dio un chillido.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Duke.

—He oído la respiración de una ballena...

—Ya sé. Alma Rick está en el registro.

—Nos exigirá que le paguemos los cinco días que llevamos aquí.

—Déjalo de mi cuenta.

—Hoy no podrás convencerla. Recuérdalo...

—Sí, es trece y viernes.

Bajaron la escalera y Duke lanzó su voz jovial hacia el registro.

—Hermoso día nos hace, Alma.

La dueña del hotel El Descanso del Viajero, Alma Rick, estaba por los cuarenta años y pesaba ciento veinte kilos. Sentábase en una silla especial y también tenía una mirada especial para los tipos que se marchaban sin pagar.

Fue justa la mirada que dirigió ahora a Duke y Lou mientras decía:

—El cielo está nublado, llueve a mares, hace frío y el fulano del boletín meteorológico dice que es posible que nieve. De modo que, no acertaste, Duke Martin.

Duke le ofreció su mejor sonrisa.

—Ya sabes que esos tipos se equivocan con mucha frecuencia, Alma. Además, tú sabes que yo miro la vida con ojos de poeta.

—Paga, poeta.

—¿Qué dices, Alma?

—Esa habitación con dos camas dobles devenga cuatro dólares cincuenta diarios que, multiplicados por cinco hacen un total de veintidós dólares cincuenta. Duke, ponlos uno detrás de otro sobre el tablero.

—Alma, cuarenta y cinco dólares forman un rebaño mucho mayor que el que tú dices, y es justo lo que cobrarás cuando estemos en tu hotel diez días.

Alma Rick entornó los ojos.

—Quiero mi dinero ahora.

Lou gimió por lo bajo.

—Ya te lo dije, Duke, es nuestro día de mala suerte.

Éste se acercó al registro sin dejar de sonreír.

—Querida, por lo visto no te das cuenta del día que es hoy.

—No me digas que es tu cumpleaños.

—Trece y viernes, Alma. El día más malo para hacer una mala acción... En mi pueblo hay un proverbio: «No pagues en trece y vienes a menos que quieras matar a tu acreedor...». Y te aseguro que algunos no lo creyeron y están en el cementerio.

Alma apretó los menudos dientes. Iba a protestar, pero luego lo debió pensar un poco mejor.

—Mañana es catorce.

—Sí, no fallará.

—Y mañana quiero ver el color de tu dinero, Duke.

—Te enseñaré el verde, que es tu color favorito.

Duke giró sobre los talones y se dirigió hacia la puerta, donde Lou le esperaba bailoteando nerviosamente.

—Vamos, muchacho.

Salieron a la calle y Lou exhaló el aire que contenían sus pulmones.

—¿Cómo lo pudiste arreglar, Duke?

—Eso te demuestra que debes tener fe en mí. Ahora vamos a la oficina de Patrick.

Lou dio un chillido. Se había quedado quieto y miraba al suelo.

Duke vio lo que su amigo estaba mirando. Era un gato negro.

—Duke, volvamos al hotel, antes de que sea demasiado tarde.

—Tranquilízate, muchacho.

—Es un gato negro.

—¿Crees que no tengo ojos en la cara?

—Nos está mirando. Tiene ojos diabólicos. Nos está soltando la maldición, Duke.

—Lou, ¿cómo puedes ser tan supersticioso?

—No es superstición... A una prima hermana de mi madre le salió un gato negro en el camino y, dos horas más tarde estaba para que la recogiesen en una carretilla. Un coche le pasó por encima.

—Simple coincidencia.

—Eso es lo que me gustaría que hicieses. Que rieses a carcajadas. La superstición es sólo patrimonio de los ignorantes.

—Ese gato continúa ahí.

—El pobre también tiene derecho a estar en la calle... No tiene, como tú, una habitación y una cama caliente.

De pronto, llegó un perro y el gato se erizó. Soltó un maullido y echó a correr perseguido por el perro.

Ambos desaparecieron por la esquina más cercana.

Duke palmeó en la espalda de su amigo.

—Ya lo ves, Lou. Es ley de la selva. Pero nosotros somos seres racionales. Nos fue dado un cerebro que nos sirve para pensar... El hombre es dueño de su destino.

—Tú dirás todo lo que quieras. Pero era un gato, y negro por añadidura.

—Olvídate de eso y, démonos prisa, o nunca llegaremos a la oficina de Patrick.

Reanudaron el camino.

Poco después entraron en el edificio donde estaba la oficina de Patrick Furness. Subieron en el ascensor hasta la séptima planta.

En el corredor, Lou dio un respingo.

Junto a la pared y en la oficina anterior a la de Patrick, había una escalera y, en lo alto, un hombre que pintaba la puerta.

—¿Qué te pasa, Lou? ¿Otro gato?

—Tú sabes que no es un gato.

Al tiempo que así decía, Lou pasó por frente a la escalera mirándola con ojos atemorizados.

—Lou, es incomprensible que seas así. Me estás defraudando mucho.

—Tú dirás lo que quieras, pero estas cosas me impresionan mucho. Figúrate, trece, viernes, un gato negro y ahora una escalera.

Duke abrió la puerta en la que se leía: «Patrick Furness-Agente de Asuntos Varios».

Pasaron de largo por la pequeña sala de espera y entraron en el cuchitril de Patrick.

El hombre que había detrás de la mesa miró por encima de sus lentes a sus visitantes y, enseguida, su cara se congestionó.

—Sigan la flecha —dijo, señalando la puerta—. Y les conducirá a la calle.

—¿Qué te pasa, Patrick? ¿Otra vez tu úlcera?

—Mi estómago funciona bien desde hace una semana, justo el tiempo que no les veo. Pero empezará a morderme si se quedan un minuto más.

—¿Ha probado a ser una buena persona?

—¿Eh?

—He oído decir que las úlceras son consecuencia de las malas faenas que hacemos a los demás... La voz de la conciencia muere por dentro.

—Duke, cuando quiera ver teatro, me iré a un local de la calle Cuarenta y Dos. Tú lo haces muy mal como actor. Y háganme un favor. Conviértanse en humo.

Lou estaba junto a la puerta y se dispuso a abrir para desaparecer, pero se quedó quieto al oír la voz de Duke.

—Patrick —dijo Duke, sentándose en el borde de la mesa—. Lou y yo estamos disponibles. Con eso quiero decir que estamos

dispuestos a aceptar diez dólares diarios por cabeza... Naturalmente, el trabajo, tiene que ser algo que valga la pena.

—No tengo nada.

—Vamos, vamos, Patrick. Pelillos a la mar. Siempre te hemos resultado tipos ventajosos. ¿Tienes alguna queja de nosotros?

—Tengo una queja por cada segundo que habéis estado en mi oficina... Cada vez que os he encargado un trabajo, he tenido quebraderos de cabeza.

—Pero te hemos llenado los bolsillos de dinero. Y tú solo nos has reembolsado el uno por mil. ¿Hay alguien que te de más ganancias?

Patrick se quedó de muestra unos instantes. Duke sabía que le tenía metido en el bolsillo, pero debía de machacar en caliente.

—No encontrarás a dos tipos como nosotros en todo Nueva York... Rápidos, eficientes y con una inteligencia poco común.

Patrick miró con un solo ojo a Lou, que no era precisamente la imagen de la inteligencia, ya que Lou parecía más bien un boxeador retirado y algo sonado. Luego, observó a Duke y sintió un escalofrío, porque la cara de Duke era la viva imagen del granuja, del tipo vivo que podía jugársela al mismísimo alcalde.

—Tengo un trabajo fácil para vosotros, muchachos.

—Así hablan los amigos.

—No soy vuestro amigo.

—Está bien, jefe. Escupe por esa boca.

—Es un tipo que debe estar chiflado.

Patrick abrió un cuaderno de notas y agregó:

—Su nombre es Carter Mac Namara y vive en la Novena Avenida, en el 1532... Me hizo una llamada hace quince minutos... Quería contratar dos guardaespaldas.

Lou habló desde la puerta:

—Eh, Patrick, no nos gusta eso. Tendrás otra cosa para nosotros. Como cargar bultos o algo así.

—Eso o nada. Lo toman o lo dejan.

—Lo tomamos —dijo Duke.

—Pero, Duke, ¿es que no lo has oído? —Gruñó Lou—. Quieren dos guardaespaldas y nosotros no somos eso. Seguro que se trata de un *gángster*.

—¿Sabes algo del señor Mac Namara, Pat? —preguntó Duke.

—Ni media palabra.

—¿Qué es lo que teme?

—Sólo quiere compañía por hoy.

—Porque es viernes y trece.

Lou dio un chillido.

—¿Lo has oído, Duke? Ese tipo sabe lo que se hace.

Duke soltó una risita.

—Entonces, no hay nada que temer... Se trata de otro supersticioso como tú, Lou. Anda, Patrick, ¿cuánto nos vas a dar?

—Seis dólares por cabeza.

—Y el señor Mac Namara te pagará a ti den. ¿O quizá son doscientos?

Patrick hizo una mueca como si estuviese oliendo a pescado podrido.

—Todavía no consiento que un subordinado mío fiscalice mis ingresos.

—Se supone que tenemos que estar todo el día, quizá toda la noche en esa casa, custodiando al señor Mac Namara. ¿Cómo va a paga doce dólares porque dos tipos hagan esa clase de trabajo?

—Diez por cada uno y no se hable más.

Diez era lo justo que Duke pensaba sacar. De modo que decidió dar el negocio por ajustado.

—Está bien, Patrick, tú ganas.

—Vosotros ganáis.

—Escupe el dinero.

—Todavía no lo recibí. El señor Mac Namara me mandará el cheque.

—Hemos de almorzar, Patrick, y estamos sin blanca.

—Os daré cinco. El resto a cobrar mañana.

Duke accedió de nuevo.

Patrick sacó cinco billetes de a dólar, de los que Duke se hizo cargo.

—Andando, Lou —dijo—. Nos espera el trabajo.

Patrick gritó desde la mesa:

—Quiero que cumplan con el señor Mac Namara. Obedézcanle.

—No se preocupe, señor Cuervo, quise decir, señor Furness. Todo irá como una seda.

El rostro de Patrick empezó a congestionarse, pero Duke y Lou no pudieron oírle sus palabras porque salieron del despacho.

—Duke —rezongó Lou—. No pensarás en serio hacer ese trabajo.

—¿Por qué no?

—Mi voz interior me dice que será malo para nosotros.

—Tu voz interior te dice muchas tonterías. ¿Es que no lo sabes, Lou...? El señor Mac Namara sólo es un tipo que cree en las fantasías, como tú. Ya puedes estar seguro de ello.

Habían llegado al corredor y Lou dio un grito porque estuvo a punto de pasar por debajo de la escalera.

—Sigues creyendo en esa superstición —rió Duke de que pasar por debajo de la escalera de mala suerte—, ¿eh, Lou?

—Sí, Duke, seguro que lo sigo creyendo.

—Te voy a demostrar que es una absurda creencia tuya.

—¿Qué vas a hacer?

—Pasar por debajo de la escalera.

—¡No, Duke! ¡No lo hagas!

Pero Martin lo hizo.

Lou trazó un semicírculo para separarse lo más posible de la escalera y de pronto el hombre que estaba arriba lanzó un aullido y cayó desde lo alto.

Lou se detuvo en el peor momento para él.

El hombre que caía le cazó con el bote de pintura.

Y la cabeza de Lou comenzó a convertirse en un melón muy azulado.

Duke se acercó a su amigo y preguntó:

—¿Estás convencido ahora?

—Claro que me convencí. Pasaste por debajo de la escalera y mira lo que NOS PASO.

CAPÍTULO II

Durante el almuerzo, Lou, ya limpio de pintura, trató de convencer a su amigo para no ir al número mil quinientos treinta y dos de la Novena Avenida.

Pero no le valió de nada.

Les abrió la puerta un mayordomo, ante cuya presencia, Lou dijo:

—Eh, Duke, ¿no has visto a este tipo en alguna película de Drácula?

El mayordomo, pálido como un muerto, ojeroso, arrugó la nariz.

—Los deshollinadores deben entrar por la puerta de servicio.

Fue a cerrar, pero Duke ya se había colado y Lou le siguió hasta el amplio vestíbulo.

El criado habló de nuevo:

—Si no se marchan inmediatamente, avisaré a la policía... No necesitamos ninguna lavadora ni el señor está dispuesto a suscribirse a ninguna revista.

—Oiga, muchacho —dijo Duke—. ¿Cuál es su nombre?

—Smith.

—¿Cómo no lo supuse antes...? Con esa cara, no podía llamarse de otra forma.

—El señor es muy gracioso. Pero si ya ha dejado de decir chistes, le ruego que salga.

—Oye, Smith, nosotros somos los dos tipos que tu patrón espera.

—Siento decirle que el señor Mac Namara no espera a nadie.

—Estás muy mal informado, mequetrefe. Menea un poco el rabo y vete a decirle que aquí están los dos fulanos que le envía el señor Furness.

Smith se desconcertó un poco, lo cual indicó a Duke que,

efectivamente, no había sido informado por Mac Namara.

—Esperen un momento.

—No te preocupes. Cuando vuelvas, nos encontrarás aquí, o dentro de las dos armaduras que hay en la escalera.

—Todavía no me ha dicho su nombre ni el de su amigo.

—Yo soy Duke Martin y éste es Lou Bates.

El criado subió por una gran escalera que se dividía arriba en dos brazos.

De pronto, Duke se dio cuenta de una cosa.

Una de las armaduras se había movido.

Tampoco pasó desapercibido para Lou.

—Eh, Duke. Dentro de la armadura hay alguien.

—No grites, Lou, o asustarás a Smith.

—Ahí debe estar el asesino.

—¿Cómo sabes que se cometió un crimen?

—Da igual. Se cometerá.

El criado ya había desaparecido en lo alto. Entonces, Duke echó a andar hacia la armadura que se había movido. Lou fue detrás, los puños en alto como si fuese a iniciar un combate de boxeo.

Duke golpeó con los nudillos en el pecho de la armadura.

—¿Se puede?

—Adelante —dijo una voz que salió por el yelmo.

—¿Qué tal va por ahí?

—No me puedo quejar.

—Si ve al rey Arturo, le da saludos de parte de Los Caballeros de la Tabla Redonda.

—Se los daré. Precisamente me invitó a jugar al ajedrez con él. Pero estoy escondido aquí porque, si me ve el mago Merlín, me convertirá en una lagartija.

—Eso no es nada. ¿Sabe lo que hizo el mago Merlín a un amigo mío?

—¿Qué cosa?

—Le transformó en un grifo, y desde entonces está en un cuarto de baño, venga a echar agua.

Lou escuchaba aquella conversación con los ojos agrandados.

—Eh, Duke, ¿te encuentras bien?

—Claro que sí.

—Creí por un momento que te habías vuelto tan loco como el

tipo que está ahí dentro.

—Ya tengo ganas de verle la cara.

Así diciendo, Duke levantó el yelmo de la armadura.

Ante los ojos de él y su amigo, apareció una cara de ojos desorbitados, nariz aguileña, casi calvo. Era un tipo de unos cincuenta y cinco años.

—¿Desde cuándo está enlatado, amigo? —preguntó Duke.

—No les conozco a ustedes.

—Tampoco nosotros le conocemos a usted. Así que estamos en la par.

El tipo rió con estridencia.

—Ya sé quién es usted, amigo... Amadís de Gaula. Me han dicho que es el tipo más chistoso de todo el reino. Además de ser el más bravo. ¿Es cierto que hace tres días luchó con un dragón de siete cabezas?

—¿Ha dicho siete? Debe ser cosas de envidiosos. Tenía doce.

—¿Y cómo logró vencerlo, amigo?

—No crea que fue a estocada limpia. Le conté el chiste de la viuda y el loro y el dragón y se partió de risa... ¿Y ahora quiere salir de ahí? Ya estuvo demasiado tiempo enlatado.

—En seguida estoy con ustedes.

El desconocido salió de la armadura.

No era muy alto y se cubría con un batín de color gris.

Debía haber estado mucho tiempo metido en la armadura porque sus piernas le flaquearon y Duke tuvo que sostenerle para que no cayese.

El fulano se puso un dedo en los labios y miró de reojo a un lado y otro.

—Cuidado, amigos, las paredes oyen.

—Y el enemigo acecha —dijo Duke.

—Usted es de los míos.

—No me diga que vamos a pegar un golpe de Estado para destronar al rey Arturo.

El desconocido se echó a reír como antes, con la estridencia de una lima trabajando sobre un barrote.

—Es usted el hombre más gracioso que he encontrado en mi vida.

—Pues deje que le cuente lo mejor de mi repertorio.

—No puedo escucharle. Ahora tengo que desaparecer... La serpiente emplumada es peligrosa.

—Eso lo dice porque no ha visto una pelirroja que vive en nuestro hotel.

—Nos volveremos a ver, amigo.

—Seguro. El mundo es un pañuelo.

—No diga a nadie que me ha visto.

—El FBI y nosotros nos llevamos mal desde que no aceptamos su encargo de poner una bomba en el Kremlin.

—¿El Kremlin, eh? Otra obra del mago Merlín.

—Sí, es tipo que nunca está quieto. Todo lo hace por fastidiar.

—¡Guerra al mago Merlín!

—¡Guerra!

El tipo levantó un brazo como un revolucionario y echó a correr. Subió los peldaños de la escalera de dos en dos y desapareció en lo alto.

Lou se había quedado con la boca abierta.

—Duke, dime que no estoy en la cama.

—No estás en la cama.

—Tampoco puedo soñar de pie.

—No, no es cosa corriente.

—Entonces, todo ha ocurrido en realidad... Ese tipo estaba en la armadura... Y también habló como habló.

—No le des más importancia de la que tiene.

—Oh, no, claro que no. Hoy todo puede ocurrir porque es viernes y trece. —Lou rió con nerviosismo—. Nada tiene importancia. De un momento a otro aparecerán por ahí Abraham Lincoln y Búfalo Bill y el general Custer...

—Por de pronto, me conformo con Smith —dijo Duke, viendo que el criado estaba bajando la escalera.

—El señor Mac Namara les ruega suban a su dormitorio. Es la segunda habitación a la derecha.

—De acuerdo, Smith.

Lou atrapó al criado por el brazo.

—Eh, ¿quién era el tipo que estaba metido en la armadura?

—No le entiendo.

—Un fulano de unos cincuenta y cinco años, ojos muy grandes, nariz aguileña, casi calvo.

—Perdone, señor, pero en la casa sólo vive el señor Mac Namara.

—¿Alguien más?

—Y tres criados, la señora Robson, el chófer Frank, Nils Ingram y yo.

—Entonces, era Nils Ingram.

—Perdone, señor, pero Nils Ingram tiene veintiocho años y disfruta de una abundante cabellera.

—El chófer.

—Es pelirrojo y sólo cumplió los treinta.

—Me estás engañando. Y te voy a romper las narices. —Lou puso el puño derecho delante de la cara de Smith.

El criado se volvió hacia Duke.

—¿Qué le pasa a su amigo? ¿Por qué se pone tan nervioso? Le he dicho la verdad.

—Sí, ¿eh? —Ladró Lou—. ¿Y quién era, entonces, ese fulano? Smith tragó saliva.

—Por la descripción, parece que el señor Donald Young, el primo del señor Mac Namara.

—Entonces, ¿por qué has dicho que no estaba en la casa?

—Es que no puede estar, señor.

—Yo le he visto con mis propios ojos. Salió de esa armadura.

—Perdone, señor Bates, pero eso es imposible. El señor Young, el primo del señor Mac Namara, murió hace dos años.

Hubo un silencio y Lou miró a su amigo.

—Duke, ¿oíste eso?

—Sí, lo oí.

—Pero tú y yo lo vimos. No puede ser el muerto.

—Déjalo, Lou, ya lo aclararemos.

Lou se pegó una palmada en la frente.

—Está comprendido todo, Duke... Es viernes y trece. El muerto salió de su tumba y quiere matar al señor Mac Namara. Larguémonos de aquí cuanto antes.

—No te pongas nervioso. Recuerda que el señor Mac Namara nos está esperando en su dormitorio.

—Renunciaremos a ser sus guardaespaldas.

—Ya cobramos cinco dólares por nuestro trabajo.

—Le devolveremos el dinero a Patrick.

—No lo podemos devolver porque ya gastamos tres dólares en el almuerzo.

El criado Smith hizo una reverencia.

—Con su permiso, señores.

Echó a andar y desapareció por un hueco que debía dar acceso a la cocina.

—Duke, ¿es que le vas a dejar marchar sin dar explicaciones?

—Quizá Smith no las pueda dar. Pero el señor Mac Namara está arriba y él podrá contarnos algo de lo que aquí pasa.

—Duke, mi voz interior...

—Sí, ya sé lo que te dice tu voz interior. Pero no la escuches.

Duke empezó a subir la escalera y Lou, que se había quedado un poco indeciso, corrió tras él por temor a quedar solo.

Duke golpeó con los nudillos en la puerta de la segunda habitación de la derecha.

—Adelante —dijo una voz carrasposa.

Los dos amigos entraron en el dormitorio.

En la cama había un viejecito que lo mismo podía tener cien que setenta años. Se cubría la cabeza con un gorro de dormir del siglo XIX. Su piel era muy arrugada y los ojos pequeños, de un color azulado.

Observó con atención a los dos hombres que tenía ante sí y dijo:

—No es malo su aspecto.

—Gracias, señor Mac Namara —repuso Duke.

—Han de tener los ojos bien abiertos.

—Ya nos quitamos las telarañas.

—Me gustan las personas que tienen sentido del humor.

—Entonces, tenemos almas gemelas, señor Mac Namara.

—Les diré en qué consiste su misión.

—Ya siento cosquilleo en la planta de los pies por conocerla.

—Han de impedir que me maten.

—¿Y cuándo cree que le van a matar?

—El plazo empezará a correr a las doce del mediodía y terminará a las doce de la noche.

—De modo que sabe el comienzo y el final.

—¿Es usted Duke Martin?

—Sí.

—Pues bien, Duke Martin, lo sé perfectamente.

—¿Por qué lo sabe?

—Porque lo dice la profecía.

—Así que también hay una profecía.

—Sí, señor Martin. ¿Cree que si no la hubiese les habría contratado?

—Oh, claro que no. Sin profecía, usted no puede morir.

—La serpiente emplumada está muy segura de que me matará, pero yo le demostraré que nada puede contra mí.

—Hace muy bien en luchar contra la serpiente emplumada. Es una mala pécora. Pero ¿qué le parece si me dice en qué consiste la profecía de esa serpiente?

—La verá usted mismo.

—Es usted muy amable.

El viejecito metió la mano bajo la almohada y sacó un papel amarillento que alargó a Duke.

El joven desdobló el papel.

Lo que vio parecía estar escrito siglos atrás. Decía así:

«Un Mac Namara morirá ahorcado, el segundo irá a descansar en el fondo del lago, el tercero será achicharrado junto a las palmeras, y el cuarto, que será el último de los Mac Namara, perderá su vida en viernes y trece, dentro de las doce horas que van del mediodía a la medianoche, cuando haya cumplido los setenta y cuatro años de su existencia en la tierra. Y no habrá un quinto Mac Namara porque el cuarto no tendrá descendencia. Y eso lo dice la serpiente emplumada. En esta isla caliente de Haití el 8 de febrero de 1867».

—No está mal —dijo Duke, y pasó el papel a su amigo Lou.

—Todo se ha cumplido, señor Martin... —repuso Mac Namara—. Mi bisabuelo fue ahorcado en el condado de Lesterville, porque fué sorprendido robando cabezas de ganado. Mi abuelo se ahogó en el lago Tahoe, en Nevada, cuando, después de una travesía por el desierto, trató de refrescarse. Mi padre, después de amasar una fortuna de veinte millones de dólares, tuvo la idea de descubrir

nuevas tierras y marchó en una expedición a Nueva Zelanda. Allí fue capturado por unos fieros indígenas y comido tras haber sido pasado por las brasas. Sólo faltó yo.

—¿Ha tenido hijos?

—Me he casado dos veces y no los he tenido.

—¿Ni siquiera de contrabando?

—No, señor Martin.

Lou intervino diciendo:

—Entonces no hay nada que hacer, señor Mac Namara. Dese por muerto. Lo más que podemos hacer por usted es mandarle una corona de flores... Vámonos ya, Duke.

—Eh, ¿qué dice el hipopótamo de su amigo? —graznó Mac Namara.

Lou hizo una mueca.

—Todavía no le insulté, momia.

El viejecito soltó una risita.

—Está muerto de miedo.

—¿Y qué si lo tengo? Es mío y no se lo cambio por nada... ¿Qué estamos esperando, Duke? Sobramos en esta casa.

Mac Namara arrugó el ceño.

—Ustedes no se pueden ir. Ya aceptaron servirme de guardaespaldas.

—¿De verdad cree que le van a matar? —preguntó Duke.

—Claro que lo creo. Ya lo oyó. Esa serpiente emplumada no falló una.

—¿De quién sospecha?

—De nadie.

Lou Bates soltó una risita.

—Si yo estuviese en su lugar, habría despedido hace mucho tiempo a ese criado, a Smith. ¿Es que no le vio la cara? Es la de un perfecto asesino.

—No sabe lo que dice, Lou. Smith me es tan fiel como un perro.

—Pero los perros se pueden volver rabiosos. De todas formas, si no cree que Smith le va a pinchar, hay otro que ocupará ese puesto.

—¿A quién se refiere?

—Al tipo que encontramos dentro de una de las armaduras allá abajo, al pie de la escalera.

—¿De quién está hablando?

—De un fulano que está más loco que una cabra y que se cree en la época de los caballeros de la Tabla Redonda.

—¿Puede decirme quién es, señor Bates?

—Un hombre de ojos saltones, unos cuarenta y cinco años, casi calvo y que de vez en cuando tiene un tic nervioso en el ojo izquierdo.

—Ése era mi primo Donald Young.

—Ordene que venga y nos lo presentará —habló Duke—. Lou y yo estamos deseando conocerlo.

—Entonces, cuando tengan un rato libre vayan a nuestro panteón familiar. Encontrarán a Donald Young en el tercer nicho a contar de la izquierda.

Lou dio un respingo.

—¿Lo has oído, Duke? ¡El criado no nos engañó! ¡Ese tipo estaba muerto!

—Tú sabes que no estaba muerto. Habló con nosotros.

El viejecito gruñó:

—¿Qué historia de aparecidos me quieren colocar?

Lou bailoteó otra vez.

—Lo vimos con nuestros ojos que se ha de comer la tierra, señor Mac Namara. Y esta vez no se trataba de ninguna profecía, se lo aseguro... Su primo está vivito y coleando.

—No le creo una sola palabra. ¿Lo oye bien, Lou...? Y le repito que no conseguiré asustarme.

—Usted no se asustará, pero yo sí que lo estoy y me marchó.

—No pueden dejarme solo. Cuando vinieron aquí es porque habían aceptado mi encargo. Tendrán que quedarse en esta casa hasta las doce de la noche. Luego se marcharán con viento fresco. Para eso pagué trescientos dólares a Patrick Furness.

—¿Ha dicho trescientos dólares? —preguntó Duke.

—Ese tipo es un buen negociante. Le ofrecí ciento cincuenta, pero no paró hasta sacarme el doble.

Lou se pasó una mano por la cara.

—Y pensar que a nosotros nos ha dado diez dólares por cabeza...

El viejecito rió por entre los dientes.

—Su patrón se la jugó, ¿eh...?

—Espere a que lo atrape por el cuello, señor Mac Namara. Le

juro que haré con él un tirabuzón... Y eso va a ocurrir ahora mismo. Larguémonos de una vez, Duke. La venganza nos espera.

—Está bien, muchacho. Nos iremos.

El viejecito saltó en la cama.

—¿Es que se va a ir, Duke?

—Ya lo oyó.

—No pueden abandonarme ahora.

—Puede contratar a otros dos guardaespaldas.

—Ustedes son los que yo quiero.

—¿Por qué?

—Porque me he dado cuenta de que es usted inteligente, mientras su amigo posee la fuerza bruta.

Lou dio dos pasos apuntando a Mac Namara con un dedo tan grueso como una morcilla.

—No vuelva a insultarme. No crea que porque tiene dos millones de dólares...

—Sesenta millones —le corrigió el viejecito.

—Eso, ni por sesenta millones... —Lou se atragantó—. ¿Sesenta millones, señor Mac Namara?

—Al final de esta jornada quizá sea medio millón más. Pienso hacer un negocio con el petróleo de Arabia.

Duke intervino de nuevo:

—Usted puede tener a toda la policía de Nueva York en su casa si lo desea, señor Mac Namara.

—No quiero tener a la policía de Nueva York. ¡Ni a uno solo de ellos!

—Creo entender por qué.

—Un sabihondo, ¿eh?

—En el fondo, sabe que esa profecía de la serpiente emplumada es sólo un cuento chino y teme hacer el ridículo.

Mac Namara miró con un solo ojo a Duke porque cerró el otro.

—Muy bien, es eso.

—Le deseo buena suerte, señor Mac Namara.

—¿Es que se va a ir?

—Seguro.

Lou y Duke echaron a andar hacia la puerta.

CAPÍTULO III

—¡Esperen! —gritó Mac Namara.

Lou se volvió.

—Oiga, amigo, usted ya vivió mucho en el mundo, de modo que, si lo retiran de la circulación, no se habrá perdido nada.

—Animal.

—Su piel ya no sirve ni para hacer un cinturón.

—Eso le va a costar caro... ¡Y se lo voy a hacer pagar porque van a seguir mis órdenes!

—Ni hablar, abuelo. Búsquese otros primos.

—Les pagaré doscientos dólares a cada uno.

Lou se quedó sin habla.

—Muy poco, señor Mac Namara —dijo Duke—. Este trabajo puede ser peligroso.

—Doscientos cincuenta.

—Trescientos para cada uno y que no se hable más del asunto.

—Trato hecho.

—Más mil extras, si a las doce de esta noche sigue usted haciendo de las suyas.

—Usted es un chantajista, Duke.

—Sea comprensivo, señor Mac Namara. Lou y yo no tenemos oportunidad de ganar medio millón en un día con los petróleos de Arabia.

—¡Debería mandarlos al diablo!

—Pero no nos va a enviar porque el diablo está en el infierno, y queda lejos de esta casa.

—Utiliza argumentos muy convincentes.

—¿De acuerdo, señor Mac Namara?

—Sí, de acuerdo.

Leu se pasó una mano por la cara.

—¿Sabes una cosa, Duke? Ni por ese dinero estaría yo aquí un minuto más.

—Cálmate, muchacho, podremos pagar nuestra cuenta en el hotel y sobraré dinero para darnos la vida en grande.

—No me gusta estar en una casa donde hay muertos.

Duke se acercó otra vez a la cama.

—Quiero hacerle una pregunta, Mac Namara. ¿Cuándo conoció por primera vez la profecía que está escrita en ese papel?

—La encontré hace cuatro meses.

—¿Dónde?

—En la buhardilla. Fui allí para echar un vistazo a las cosas raras que la familia ha ido amontonando en el curso de los tiempos. Encontré una cartera que perteneció a mi bisabuelo y dentro estaba la profecía.

—Según eso, sólo la debió conocer su bisabuelo. Su abuelo y su padre murieron sin saber que el destino les tenía reservado un final de opereta.

—No haga chistes con mis muertos, Duke... Pero así debió ser.

Si mi abuelo y mi padre hubiesen conocido su final, podrían haber evitado su defunción prematura.

—Sí, especialmente el que fue comido a la brasa por los indígenas.

—¡Duke!

—Disculpe, señor Mac Namara, pero soy de las personas que toman todo a broma, incluida la calavera con las dos tibias. ¿De verdad que tampoco sabe quién es el fulano que estaba en la armadura?

—Ya le he dicho que su descripción corresponde al primo Donald.

—Eso nos dijo el criado.

Lou tironeó de la manga a Duke.

—Eh, chico, ¿y si hiciésemos una llamada al cementerio para preguntar si Donald Young decidió darse un paseo?

—No podemos hacer eso. Nos mandarían enseguida a los loqueros.

—Sí, tienes razón, pero a lo mejor nos conviene el manicomio.

—Eh, señor Mac Namara —dijo Duke—. Supongamos que la

serpiente emplumada logra convertirlo en hambre...

—¡No diga eso!

—He dicho que se trata de una suposición para que me explique a dónde irán a parar los sesenta millones de dólares que usted tiene. Perdón, los sesenta millones y medio...

—En mi testamento he establecido una fundación, la fundación Mac Namara. Estará dotada con cincuenta millones de dólares. Se dedicará a la investigación sobre el cáncer.

—¿Y qué hay de los diez millones y medio restantes?

—Serán distribuidos entre asociaciones benéficas y algunas personas.

—¿Qué personas?

—Hay legados que van desde los cinco mil dólares hasta los cincuenta mil.

—Quiero una lista de los favorecidos por su muerte.

—Le puedo decir los nombres enseguida. Están mis tres criados.

—Smith, Ingram y la señora Robson.

—Eso es.

—¿Quién más?

—Constance Dupont, una secretaria que he tenido durante los últimos veinte años. Ella heredará veinticinco mil dólares. También está mi chófer Frank Orsini con otros veinticinco mil y, por último, el hombre que dirige mis empresas, mi administrador, Spencer Lowe, a quien he dejado cincuenta mil.

—Para que hereden, ¿han de liquidarse todos sus negocios?

—En absoluto. La fundación Mac Namara se encargaría de administrarlos.

—Lo cual quiere decir que cada empleado suyo seguiría ocupando su puesto.

—Sí, señor Martin, excepto el chófer y los criados, que quedarían en libertad.

—¿No hay ninguno que se la quiera jugar?

—Sé por dónde va, señor Martin. Piensa en los enemigos que pueda tener, y debo decirles que tengo muchos. Un hombre como yo no pasa por la vida sin granjearse odios y antipatías...

—Dígame cuáles son sus mayores enemigos.

Mac Namara rió otra vez.

—Creo que sería injusto destacar a nadie. Tengo un centenar de

enemigos y le aseguro que todos ellos verán con agrado mi esquila mortuoria...

—Está bien, señor Mac Namara. Parece que, por ese lado, no podremos conseguir nada.

—Deje ya de hacer investigaciones. Lo único que tienen que hacer ustedes es impedir que me maten. ¿Lo oye bien? Me importa un rábano que, después de muerto, descubra a mi asesino... Yo les pago para que no me asesinen.

—Sí, señor Mac Namara.

—Ahora, pueden marcharse para conocer la casa y al resto de la servidumbre.

Lou dejó oír su voz:

—Señor Mac Namara, ¿no tiene miedo de que lo maten mientras está solo en esta habitación?

—Claro que no me matarán. ¿Es que no sabe la hora que es? Sólo las diez y media y, según la profecía de la serpiente emplumada, no empezará a correr el plazo hasta las doce.

—Tiene razón. Usted disculpe.

—Voy a dormir un poco. Este diálogo con ustedes me ha agotado mucho. ¿Qué están esperando...? ¡Salgan de aquí, condenación!

Duke y Lou salieron del dormitorio.

Cuando se encontraron en el corredor, ya cerca de la escalera, Lou dijo:

—Eh, Duke, vuelve con Mac Namara.

—¿Para qué?

—No te ha pagado.

—Ya me pagará.

—Se me estaba ocurriendo una idea.

—No la digas. Sé cuál es. Cobramos el dinero y nos largamos.

—Después de todo, él está muy seguro de que no le va a pasar nada. ¿No has visto cómo se lo tomó? El hombre piensa dormir.

—Pero dormirá muy poco. A partir de las doce empezará por perder el valor.

—No me gusta esta casa, no me gusta Mac Namara, y el que menos me agrada de todos es el primo Donald Young, que salió de su nicho para tomarnos el pelo.

—Ningún muerto toma el pelo a nadie.

—¿Vas a decir que lo que vimos no lo vimos? Se marchó por allí enfrente.

—Hagamos una cosa, Lou. Tú registra la casa por aquel lado y yo me iré abajo.

—Ni lo pienses. Si quieres, yo me iré abajo y tú te vas en busca del primo difunto.

—Quiero conocer al resto de la servidumbre.

—Yo también quiero conocerla.

—De acuerdo. Ven conmigo.

Bajaron la escalera.

De pronto, oyeron una voz femenina:

—¿Son ustedes los dos guardaespaldas?

Quien hacía la pregunta era una mujer de unos treinta y cinco años, esbelta. Resultaba bella, y sería hermosa por quince años más. Tenía el cabello color rubio ceniza y estaba junto a una puerta que debía dar acceso a la biblioteca.

—Sí, somos nosotros —contestó Duke, yendo con su amigo hacia ella.

Aquella mujer abrió un bolso y extrajo un fajo de billetes.

—Aquí tienen este dinero. Cójalo, es suyo.

—¿Quién es usted? —preguntó Duke.

—Eh, chico —dijo Lou—. Atrapa el dinero y no hagas preguntas. Ha dicho que nos lo da.

—Quiero saber quién es —repuso Duke.

—Constance Dupont, la secretaria del señor Mac Namara.

—¿Por qué quiere darnos tanto dinero?

—Para que se marchen.

—¿Quién ha dicho que nos tenemos que ir?

—Yo.

—Se equivoca, señorita Dupont. Usted no nos contrató. Fue el señor Mac Namara.

—No sean estúpidos. Aquí hay quinientos dólares. Son suyos si abandonan la casa ahora mismo.

—Ya estamos galopando —dijo Lou, tirando un zarpazo para apoderarse de los quinientos dólares.

Pero su amigo lo contuvo:

—Espera, Lou.

—Eh, Duke, ¿es que no lo has oído? Ganaremos quinientos

dólares sin hacer nada. Estamos en nuestro día bueno.

—Creí que era el malo. Viernes y trece.

—Desde ahora dejaré de ser supersticioso.

—Dígame, señorita Dupont —habló otra vez Duke—. ¿Por qué quiere que Mac Namara se quede solo en la casa?

—No está solo. Está la servidumbre y también voy a estar yo.

—¿Sabe que la serpiente emplumada quiere acabar con su jefe?

—Qué tontería.

—De modo que no cree en la profecía.

—Claro que no... Vivimos en la segunda mitad del siglo veinte y yo nunca he creído en esas paparruchadas.

—Sin embargo, el señor Mac Namara parece creerla.

—No le pasará nada.

—Suponga que le sucede.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso. Con este dinero podrán invitar a sus novias.

—¡Caramba! —exclamó Lou—. Ella tiene razón. Yo invitaré a Mary y tú a una de esas chicas de las que guardas el teléfono.

—No me conformaré con menos de tres, cuando hayamos terminado nuestra misión en esta casa.

—Ya la terminaron —dijo Constance.

—No, querida, apenas iniciamos nuestro trabajo y lo vamos a terminar.

Lou abrió los labios y Constante Dupont los cerró con fuerza.

—Ya sé lo que son ustedes —dijo la mujer.

—¿Sí? —sonrió Duke.

—Unos aprovechados, tipos vivos que están dispuestos a sacar más de lo que yo puedo ofrecer.

—Quizá no se equivoque —dijo desafiante Duke.

—Muy bien, quédense si quieren, pero ustedes sólo harán el ridículo por no haber aceptado mi oferta.

La rubia ceniza dio media vuelta y salió.

—Duke —dijo Lou con voz moribunda—. Siempre has dicho que el secreto de la vida es aprovechar sus oportunidades.

—Sí, es cierto.

—¿No crees que hemos dejado desaprovechar nuestra oportunidad...? Íbamos a cobrar quinientos dólares sin una gota de sudor.

—En esta vida nadie regala nada, Lou. Sospecha siempre de la persona que te quiera hacer un regalo, especialmente cuando no te conoce.

—Demonios, yo siempre he creído que las personas podían hacer lo que quieren de su dinero.

—¿Por qué Constance Dupont quiere deshacerse de nosotros?

Lou agrandó los ojos.

—¿Quieres decir que ella es la serpiente emplumada?

—No he dicho eso. Pero quizá le interese que la serpiente emplumada acabe con ese cascarrabias que ha tenido que soportar durante muchos años. Al fin y al cabo, cuando él muera, ella heredará veinticinco mil dólares.

—Cada vez me gusta menos todo esto.

—Lo siento, Lou, pero tendrás que subir arriba.

—¿Para qué?

—Uno de nosotros ha de estar en la puerta del dormitorio del señor Mac Namara. Nos relevaremos constantemente.

—Pero todavía no es la hora. Tú lo dijiste.

—Con la secretaria de Mac Namara en la casa la serpiente podría adelantar la ejecución. Tú harás la primera guardia y yo, mientras tanto, interrogaré a la servidumbre.

—Está bien, Duke, iré arriba, pero te advierto una cosa. Como se me vuelva a presentar el muerto, le doy un puñetazo que lo mato.

—Correcto, Lou.

Bates subió la escalera rezongando por lo bajo.

Duke encaminóse hacia las dependencias de la servidumbre.

Cruzó un corredor que tenía habitaciones por los lados y poco antes de llegar a la cocina oyó voces. Se detuvo para escuchar.

Una voz de hombre decía:

—Ese condenado viejo debería estar en el hoyo...

—Frank, ¿por qué hablas de esa forma? Sabes que el señor Mac Namara siempre se ha portado bien con nosotros.

—Será contigo, Eva. A mí me ha hecho la vida imposible. Aún recuerdo aquella vez, hace tres meses, en que porque sufrimos un pinchazo en el coche, me amenazó con despedirme, como si yo tuviese la culpa de que el neumático agarrase aquel clavo.

—El señor Mac Namara estaría nervioso aquel día.

Duke entró en la cocina. Vio a un hombre con uniforme de

chófer sentado en una silla, despachando un trozo de tarta.

Eva, la cocinera, era una mujer de unos sesenta años, gordita, de cara bondadosa, cabello blanco.

Fue ella quien rompió el silencio:

—Usted debe ser Duke Martin... El caballero que ha venido a casa para proteger al señor Mac Namara... Sea bienvenido, señor Martin. ¿Quiere un trozo de tarta?

—Echale arsénico —dijo el chófer.

—Encantado de conocerla, señora Robson —dijo Martin, y luego miró a Frank—. ¿Qué mosca le picó, Orsini? ¿Quiere que me cargue a su patrón?

Frank era un guapo mozo de unos treinta años, de cabello negro, ensortijado, ojos como el carbón. Debía tener un gran éxito con las mujeres porque era de la clase de tipo que las fascinaba.

—Oiga, Martin, ¿me quiere hacer un favor? Salga al patio y tírese al pozo.

—Si no está conforme con su empleo, ¿por qué no presentó la dimisión?

—No tengo que dar cuenta de mis actos a nadie, y menos a un entrometido como usted.

La cocinera Eva Robson sonrió con benevolencia.

—Señor Martin, no tome en cuenta las palabras de Frank...

—¿Muerde siempre?

—Oh, no, señor Martin, no diga eso. Frank Orsini es un gran chico, sólo que hoy no ganó el caballo por el que apostó su dinero.

—Un mal vicio —dijo Duke, que también apostaba con frecuencia, y casi siempre perdía.

Los ojos de Orsini destellaron intensamente.

—¿Por qué se lo has dicho, Eva? Este tipo es un soplón. Vive de eso. Seguro que se lo dice al señor Mac Namara y entonces me despedirá.

—Descuide, Frank, no me gusta fastidiar a nadie. Por mí puede seguir apostando en las carreras hasta perder la gorra... Oiga, señora Robson, sólo me falta conocer a Nils Ingram.

—El no está ahora.

—¿Adónde fue?

—Tiene una hermana enferma y fue a verla, pero dijo que regresaría pronto.

—¿Y Smith?

—Subió al primer piso para quitar el polvo de algunas habitaciones.

—Smith es muy servicial.

Mientras tanto, Bates pascaba junto a la puerta del dormitorio de Mac Namara.

De pronto oyó pasos a su espalda y se volvió.

Quedóse estupefacto al ver al primo Donald Young, quien se acercó a él rápidamente.

—¿Ha visto a la princesa encantada? —preguntó Donald.

Lou cerró los ojos y los volvió a abrir.

—¿Qué princesa encantada ni qué rábanos?

—Le hablo de Rosalinda.

—No conozco a nadie que se llame Rosalinda.

—Usted se lo pierde —el primo Young guiñó un ojo—. Es una mujer que tumba de espaldas. El rey Arturo la quería para él, y consulté al mago Merlín. ¿Y sabe qué hizo con ella el mago?

—La hizo primera *vedette* en Broadway.

—No acertó, y paga prenda por eso.

—¿Qué hizo entonces con la princesa Rosalinda?

—La convirtió en una gata. Si la ve maullar por ahí, me la manda.

—Ya sé, al panteón.

—Sí, señor; es ahí donde vivo.

—No puede decir que vive porque está muerto. Y tampoco debería hablar.

—Bueno, amigo, ahora tengo que seguir buscándola.

—Usted no se va a ninguna parte, primo Young. Se va a quedar aquí hasta que me de unas cuantas explicaciones.

—No le comprendo. Lo único que nos debe interesar a todos es desencantar a la princesa Rosalinda.

—¿Para qué?

—Es mi prometida, y he de casarme con ella. No consentiré que el rey Arturo y el mago Merlín me la quiten. ¿Lo oye bien?

—Usted podrá decir todo lo que quiera, primo Young, pero no voy a dejar que se marche.

—¡Caramba! —dijo el primo Donald—. Ahí viene la princesa en forma de gata.

Bates se volvió porque no quería perderse ver la gata.

Pero sólo vio las estrellas cuando algo como una maza le golpeó en el cráneo.

Se tambaleó y cayó de rodillas en el corredor.

La oscuridad se hizo a su alrededor.

Despertó sintiendo que lo abofeteaban.

Ante sus ojos vio la cara de Duke Martin.

—¿Qué te pasó, Lou?

—¡El primo Young! —gritó, levantándose—. ¿Dónde está?

—Cuando llegué, estabas solo, tendido en el suelo.

—¡Maldita sea! ¡La próxima vez voy a ajustar las cuentas a ese muerto!

—¿Viste otra vez al primo Donald?

—Seguro. Era él en persona. Se refirió a que la princesa Rosalinda había sido encantada por el mago Merlín. Figúrate, la había convertido en gata.

En ese momento oyeron un maullido.

—Ahí está.

Un felino apareció ante ellos en el corredor. Sus ojos eran muy verdes, brillantes.

—Yo haré las presentaciones —dijo Lou—. Duke Martin, la princesa Rosalinda.

—Oye, Lou, ¿no crees que te has tomado demasiado en serio las palabras del primo Young?

—Tienes razón... Marchémonos de aquí antes de que nos vuelvan locos, Duke.

—Tómalo con un poco de calma.

—¿Más todavía...? Hemos conocido a un tipo que murió hace dos años, a un viejo que dice que lo van a matar, a un criado que tiene el aspecto de un vampiro... ¿Y tú quieres que tenga calma?

Duke respiró profundamente.

—Esta casa resulta atractiva.

—Pues te la regalo.

—Aquí hay un misterio que nosotros tenemos que resolver.

—¿Por qué hemos de ser nosotros?

—Somos personas imparciales. Hace unas horas desconocíamos la existencia de estos seres.

—A mí me gustaría mucho seguir desconociéndolos.

De pronto se oyó un grito.

Procedía de la habitación de Carter Mac Namara.

CAPÍTULO IV

Duke y Lou entraron precipitadamente en el dormitorio.

Carter Mac Namara seguía tendido en la cama.

Tenía los ojos desorbitados.

—¡Infiernos! ¿Dónde estaban?

—Abajo, señor Mac Namara —dijo Duke.

—Tuve una pesadilla. Soñé que me apuñalaban. Y entonces me desperté.

—¿Quién lo apuñalaba?

—Una mujer.

—¿Tenía cara?

—Claro que tenía cara.

—¿Quién era?

—Mi primera esposa.

—¿Muerta como el primo Young?

—¡Qué va! Está viva. Lo mismo que la segunda.

—Creí que usted había enviudado dos veces, señor Mac Namara.

Cuando habló de su testamento no se refirió a ellas.

—Pues viven las dos.

—Según se expresa, parece que no resultó ninguno de los dos matrimonios.

—No hablemos de eso.

—Hemos de hablar, señor Mac Namara, le guste o no.

—¿Eh, quién se cree que es, Duke?

—El hombre que puede impedir que se celebren sus funerales en una fecha muy próxima.

—¡Condenación, no diga eso!

—¿Por qué no? Nos contrató para impedir que lo maten y, escuche bien, señor Mac Namara: hemos de saberlo todo,

absolutamente todo.

—¿Y qué pasará si lo mando al infierno?

—La respuesta es la mar de sencilla, señor Mac Namara. Lou y yo saldremos de esta casa y usted tendrá que buscar otros dos guardaespaldas.

Mac Namara consultó el reloj que había en la mesilla de noche. Las saetas marcaban las once y cuarto.

—Muy pronto empezará a correr el plazo. No tengo tiempo para contratar otros dos guardaespaldas.

—Entonces tendrá que obedecer, señor Mac Namara.

—¿Qué quiere?

—Que conteste a mis preguntas.

—¿Sabe lo que pienso de usted, señor Duke?

—No lo diga.

—Es usted un vulgar chantajista. Aprovechó la situación para sacarme más dinero y ahora también hace lo mismo para interrogarme.

—Hábleme de su primera mujer.

—Era una francesa y se llamaba Chris Guerin. La conocí en un desfile de modas.

—¿Maniqué?

—Sí, eso era.

—¿Cuándo ocurrió?

—En el año mil novecientos cuarenta y dos.

—Lo pensó muy tarde. Por aquella época usted debía tener ya cerca de los cincuenta años.

—Sólo cuarenta y ocho.

—No me diga que no se casó antes porque no tenía dinero para hacer frente a un hogar.

—Deje los chistes, Martin. No me casé porque no me dio la gana. Yo sólo pensaba en mis negocios, en acrecentar mi fortuna.

—Claro, tenía que hacer honor al apellido. Pero siga contando lo de Chris.

—Era hermosa, atractiva, y sólo tenía dieciséis años.

—Parece la letra de una canción.

—Duke, no consiento que se burle de mis asuntos familiares.

—No se excite, señor Mac Namara. Es muy malo para la circulación de la sangre. Así se produce la trombosis.

Mac Namara estaba muy rojo, pero logró serenarse llevando oxígeno a sus pulmones.

—¿Se enamoró de Chris y la pidió en matrimonio?

—Así fue. Nos casamos en Niza, en mi yate particular.

—¿Qué ocurrió después?

—Ella no me dio el heredero que yo deseaba.

—Apuesto a que le echó la culpa a Chris.

—Sí.

—¿Qué pasó después?

—Al cabo de dos años, me divorcié.

—Espere un momento. ¿Estaba ella enamorada de usted?

—Sí, eso creo yo.

—Le señalaría alguna pensión.

—Cincuenta mil dólares al año.

—¿Se los sigue pagando?

—Desde luego.

—¿Qué pasaría con ella si usted muriese?

—Que percibiría de golpe medio millón.

—¿Por qué no me habló de esto?

—No tenía importancia.

—De modo que Chris hereda medio millón de dólares si usted muere, y no le concedió importancia.

—Chris está en París. Vive allí. En la casa que le regale cuando nos casamos.

—¿Qué fue de ella después que se divorciaron?

—Puso una casa de modas.

—¿Continúa con ella?

—Sí.

—¿Qué tal le va el negocio?

—Chris no ha evolucionado a través de los tiempos, creo que el negocio le iba bastante mal. Son los informes que me dieron hace cosa de un año.

—Así que, según eso, a ella le convenía que usted muriese.

—Quítese eso de la cabeza. Chris no es una asesina.

—¿Cuánto tiempo hace que no la ve?

—Después de nuestro divorcio la vi dos o tres veces.

—¿Cuándo fue la última?

—Hace seis años... Pero le prohíbo que piense en Chris como la

persona que me pueda matar.

—Es usted un ingenuo. Chris ha podido contratar a alguien para que lo mate, lo cual quiere decir que ella puede estar en estos momentos en París.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

De pronto empezó a sonar el teléfono de la mesilla de noche.

Mac Namara hizo un gesto como si fuese a descolgar, pero se detuvo.

—Atienda usted la llamada, Martin. Para eso le pago.

—Con mucho gusto.

Duke atrapó el auricular y dijo:

—Casa del señor Mac Namara.

—Quiero hablar con el señor Mac Namara —contestó una voz femenina.

—¿Quién llama?

—Chris Guerin.

—¿Desde dónde, señorita Guerin?

—Estoy en Nueva York. Llegué hace un par de horas. ¿Es usted el secretario del señor Mac Namara?

—Como si lo fuese, señorita Guerin.

—Quiero hablar con el señor Mac Namara, por favor.

Duke cubrió el micro con la mano.

—Así que. Chris estaba en París.

—¿Es ella?

—Justamente la mujer de que hablábamos, y hace un rato que llegó a Nueva York.

—Deme ese receptor.

Duke se lo dio.

—¿Eres tú, Chris...? ¡Cuánto me alegro de oír tu voz! ¿Por qué no me dijiste que venías...? No toleraré que te vayas a un hotel... De ninguna forma, Chris... Te espero en mi casa... No te entretengas... Hasta muy pronto, querida...

A continuación, Mac Namara dio el micro a Duke para que colgase.

—¿Qué quiere su primera mujer?

—No me lo dijo.

—¿Y usted qué supone?

—Tiene muchas ganas de verme...

—Según he oído, va a venir aquí. ¿Va a pasar la noche en esta casa?

—Sí, sólo esta noche. Mañana por la mañana regresa a París.

—¿Le dijo el motivo de su visita?

—No, señor Martin, no me lo dijo.

—Está bien, señor Mac Namara, hábleme ahora de su segunda esposa.

—Su nombre es Rona Jaffe.

—¿Dónde la conoció?

—En Los Angeles... Estaba esperando su oportunidad para trabajar en el cine... Asistí a una fiesta que ofreció un productor y me presentaron a Rona.

—Imagino que sería una bella mujer.

—Sí, muy hermosa.

—¿En qué año fue eso?

—Al término de la guerra, en mil novecientos cuarenta y cinco... Nos casamos al cabo de cinco días.

—¿Dónde?

—En el lugar donde uno se casa más rápidamente, en Las Vegas.

—¿Cuánto duró el matrimonio?

—Sólo un año y medio.

—¿También se divorció de ella porque no le daba un heredero?

—¿Quiere que le eche a patadas de esta habitación, Duke?

—Pruebe.

—Es usted el tipo más indeseable que conocí en mi vida y el que con más facilidad me saca de mis casillas.

—Gracias, señor Mac Namara.

—¿Quiere continuar su maldito interrogatorio?

—¿Cuál fue esta vez el motivo del divorcio?

—No se lo diré.

—Claro que me lo dirá. Aunque ya lo supongo.

—¿Qué es lo que piensa?

—Que ella lo engañaba.

Hubo un silencio en la estancia.

Mac Namara apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos.

—¿Era eso, señor Mac Namara? —Martilleó Martin.

—Sí —contestó Mac Namara con voz ronca—. Me engañaba con un tipejo que había conocido cuando pasaba hambre en Los

Angeles.

—La gente no lo cree, pero cuando se pasa hambre, uno vive la mejor época del romanticismo. Y si el sujeto es una mujer, el peligro de enamorarse está a la vuelta de la esquina.

—No quiero conocer su miserable experiencia.

—Pues siga contando las miserias de la suya.

Los ojos de Mac Namara bizquearon.

—Ya estoy arrepentido de haberlo contratado.

—¿Con quién lo engañaba Rona Jaffe?

—Se llamaba Clark Lord.

—¿Otro actor?

—Sí, o al menos eso creía él. Nunca hizo nada en el cine. Sólo era un vividor a costa de las mujeres.

—¿Cómo terminaron?

—Mi actual administrador Spencer Lowe lo pudo arreglar a mi conveniencia.

—No quería publicidad con respecto al caso. El público no debía conocer que el gran Mac Namara era engañado por su mujer.

—Tenía que hacerlo así o hubiera sido el hazmerreír de los miles de personas que trabajan para mí.

—He dicho que lo comprendo, señor Mac Namara. Pero quiero conocer las condiciones económicas de la separación.

—Rona recibiría seiscientos dólares mensuales, hasta mi muerte.

—¿Y después?

—A mi fallecimiento heredaré cien mil dólares. Yo no quise darles nada, pero ellos apretaron las clavijas. Amenazaron con oponerse al divorcio... Spencer Lowe lo había arreglado todo para que no hubiese escándalo. En fin, no tuve más remedio que aceptar... Fue un chantaje.

—¿Se casó Rona con Clark Lord?

—Me informaron que se casaron una semana más tarde... Con seiscientos dólares al mes, Rona se había convertido en una mujer demasiado interesante para Clark. También supe que intentaron meterse en el cine, pero los dos fracasaron. Entonces se vinieron a Nueva York. Compraron un bar y creo que continúan con él.

—¿Dónde está ese bar?

—En la calle Sesenta y Dos.

—¿Cómo se llama?

—El Caballo de Madera.

—¿Cuándo vio por última vez a Rona?

—La vi cuando todavía era mi esposa.

—¿No ha ido nunca a El Caballo de Madera?

—Claro que no...

—Oh, sí. Usted es un hombre de club. No puede visitar ciertos lugares.

En aquel momento, el reloj de la mesilla de noche se puso a dar las campanadas. Todos miraron la esfera. Las saetas marcaban las doce del mediodía.

Se desgranó la última campanada y Duke Martin dijo:

—Es la hora. Se levantó la veda.

CAPÍTULO V

—¡Maldito sea, Duke! —gritó Mac Namara—. No me compare a un conejo.

—También se hacen cacerías de zorros —repuso Martin, y antes de que Mac Namara protestase de nuevo, dijo a su amigo—: Te vas a quedar aquí, Lou.

—No me gusta ser niñera de nadie —contestó éste.

—Sin embargo, lo vas a ser... El señor Mac Namara es nuestro cliente y no podemos consentir que le levanten la tapa de los sesos.

—¿Y qué si lo envenenan? No me digas que tengo que probar también sus alimentos. Seguro que el señor Mac Namara y yo tenemos el gusto diferente respecto a la cocina.

—No consentiremos que el señor Mac Namara coma nada. Estará a dieta hasta las doce de la noche.

—¿Quién dice eso? —gritó Mac Namara—. Usted no es mi médico.

—Como si lo fuese. Y ya acabó de oponerse a cuanto yo diga. Hasta ahora fue usted quien dio las órdenes pero, desde este instante, las recibirá.

Martin se dirigió hacia la puerta.

—¿Adónde va usted? —inquirió el millonario.

—A recibir a su primera mujer.

—Quiero que la traiga aquí en cuanto llegue. Y óigame una cosa, Duke. No la moleste con sus nauseabundos interrogatorios.

Duke salió de la habitación y bajó la escalera.

Vio que la puerta de la biblioteca se cerraba como si alguien estuviese allí. Se acercó y abrió sin hacer ruido.

Alguien estaba hablando por teléfono. Era un hombre:

—Las cosas están difíciles... Aquí hay un poco de jaleo. Según

me han dicho el señor Mac Namara ha contratado a dos hombres para cuidarlo...

Duke había entrado ya en la habitación.

El hombre que hablaba por teléfono estaba de espaldas a él.

Era un criado. Duke lo veía por primera vez y pensó que se trataba del que él no conocía aún, Nils Ingram.

—Continúa tu conversación.

Pero el criado colgó.

—¿Quién es usted?

—¿Quién crees que soy?

—Uno de los matones.

—Tú debes ser Nils Ingram.

—Sí.

Ingram tenía unos cuarenta años, y era de mediana talla, rostro muy moreno, ojos negros y labios gruesos.

—¿Con quién hablabas, Nils?

—No es cuenta suya.

—Quizá sí... Todo lo que ocurre en esta casa me interesa...

—Usted no puede entrometerse en mi vida privada.

—¿Qué tal es tu vida privada?

—¡Váyase al infierno!

—Ésa no es forma de hablar, Nils. Acabas de decir por teléfono que habían contratado a dos hombres, y yo soy uno de ellos. Nuestra misión consiste en hacer que el señor Mac Namara dure hasta las doce de la noche.

—Esa profecía es una estupidez.

—De modo que la conoces.

—El señor Lowe nos reunió a la servidumbre en esta sala y nos habló de ello. El señor Lowe dijo que era una tontería, pero que el señor Mac Namara estaba muy afectado...

—¿Y qué pensaste tú, Nils?

—Lo mismo que el señor Lowe.

—Sin embargo, el profeta acertó la muerte de tres Mac Namara. El bisabuelo, el abuelo y el padre de tu patrón.

—Pura coincidencia.

—Es algo difícil que alguien acierte cómo acabarán los representantes de tres generaciones.

—Nunca he sido un supersticioso.

—Eso está bien, Nils.

—Y ahora, con su permiso, me retiro.

Ingram fue a pasar donde estaba Duke pero éste, con mucha rapidez, le hizo una llave de judo.

Nils tuvo que dar media vuelta para impedir que le rompiese el brazo.

—¿A quién llamabas, Nils?

—No le importa a usted.

Duke subió un poco más el brazo de Nils.

El criado hizo un gesto de dolor.

—Llamaba a mi novia.

—¿Quién es tu novia?

—Alice Kasberg.

—Dime algo de ella.

—Trabaja como doncella en casa del señor Lowe.

—¿El administrador de Mac Namara?

—Sí.

—Muy curioso.

—¿Qué tiene de particular? Conocí a Alice en casa del señor Lowe. Smith y yo fuimos allí para ayudar en una fiesta que dio el señor Lowe... Luego seguí viendo a Alice. Hemos pensado casarnos.

—Cuando yo llegué estabas diciendo a tu chica que las cosas estaban aquí difíciles.

—Quería darle a entender que me sería imposible verla esta tarde.

—No está mal la respuesta.

—¿Qué es lo que ha pensado?

—Tengo que sospechar de todos los que habitan esta casa. Según tengo entendido, si el señor Mac Namara muere tú heredarás veinticinco mil dólares.

—Sí, también me lo dijo el señor Lowe.

—¿Cuándo?

—Hace unos meses.

—Necesitas dinero para casarte con Alice, no lo tienes y has decidido matar al señor Mac Namara.

—Está chiflado. Si yo me convirtiese en el asesino del señor Mac Namara, me quedaría sin herencia.

—Pero quizá has pensado matarlo y no permitir que te atrape la

policía.

—No soy un estúpido... Le digo que se equivoca.

Duke lo dejó libre y el criado se tambaleó apretándose el brazo contra el estómago.

—Esto me lo va a pagar, Martin.

—Te puedo conceder el desquite cuando quieras.

—Ahora me duele. Me vencería otra vez.

—Está bien. Dejaremos correr un poco de tiempo.

Nils Ingram dirigió una mirada de odio a Duke y salió de la biblioteca.

Duke Martin descubrió el depósito de *whisky*. Siendo de Mac Namara, tendría que ser de calidad. Se escanció en un vaso y bebió un trago. Tal como había supuesto, era lo mejor que había bebido en *whisky*.

En aquel momento entró un hombre en la estancia. Frisaba en los cincuenta años, y era elegante, bien parecido. Tenía las sienes plateadas y estaba bien rasurado.

—Usted debe de ser Duke Martin.

—Y usted Spencer Lowe.

Los dos hombres se dieron un apretón.

—Celebro que esté aquí, señor Martin. Al menos, servirá para tranquilizar al señor Mac Namara.

—Sus palabras me hacen sospechar que usted no cree que el señor Mac Namara corra un grave peligro.

—Ninguna clase de peligro —le rectificó Lowe.

—Sin embargo, usted reunió a la servidumbre y les contó la historia para que estuviesen alertas.

—No, no fue ésa mi intención. Creí mi deber advertirles porque me di cuenta que el señor Mac Namara cada vez se ponía más nervioso.

—¿Y qué me dice de la profecía?

—No creo que haya habido tal cosa.

—Sé lo que piensa, señor Lowe.

—¿Sí?

—También he pensado yo en la posibilidad de que la supuesta profecía haya sido escrita recientemente... Habría bastado que una persona supiese cómo murieron tres antepasados de su patrón... Eligió un papel preparado al efecto y la tinta correspondiente, y se

limitó a escribir algo que resultase amenazador.

—Sí, señor Martin, estamos de acuerdo. Es lo que ha pasado.

—¿Hizo analizar el escrito?

—No. Ésa fue mi intención, pero el señor Mac Namara alegó *que* eso podría ser muy malo para él. Siempre ha temido a la mala publicidad.

—Supongamos que haya ocurrido efectivamente así. Se trata de una falsa profecía. De todas formas, significa que alguien la escribió.

—Desde luego, señor Martin.

—¿Quién?

—Lo ignoro.

—Pero no me negará entonces que es alguien que quiere asustar al señor Mac Namara.

—Sí, eso es evidente.

—¿Y si no tratase simplemente de dar un susto al señor Mac Namara?

—Le entiendo, señor Martin. Usted supone que alguien ha escrito esa profecía con el evidente deseo de convertirla en realidad, en lo que se refiere a la muerte de mi jefe.

—Sí, señor Lowe.

Spencer Lowe dio un suspiro y se tironeó del lóbulo de una oreja.

—¿No le parece un poco complicado? Si admitimos que alguien quiere matar al señor Mac Namara, ¿por qué eligió el procedimiento más difícil? Ya lo ve, el señor Mac Namara los ha contratado a ustedes y eso debió ser tenido en cuenta por el asesino en potencia. Y yo creo que nadie se complicaría la vida tan estúpidamente.

—No estoy de acuerdo con usted, Lowe.

—¿Por qué no?

—El cerebro de un asesino es algo muy complicado.

—Ya sé. Piensa que quizá el asesino está loco.

—Podría estarlo, pero no necesariamente. A veces, los que matan tienen muchos deseos de salir a recoger la ovación... Es posible que la persona que quiera acabar con Mac Namara haya querido organizar un espectáculo para demostrar lo listo que es.

—Si es así, espero que usted y su amigo lo atrapen.

—Gracias por sus buenos deseos, señor Lowe.

—Voy arriba para ver al señor Mac Namara.

—Hasta luego.

Lowe estaba abriendo la puerta cuando se oyó un chillido.

Duke echó a correr, tropezó con Lowe que estuvo a punto de caer al suelo y subió la escalera.

Vio a Lou en el corredor. La habitación de Mac Namara estaba abierta.

—¿Ya lo mataron, Lou?

—Todavía no, pero estuvieron a punto de hacerlo.

—¿Quién?

—Un encapuchado.

—¿Un encapuchado?

—Llamaron a la puerta y yo abrí. Me quedé de piedra al verlo. Estaba en el corredor, cubierto hasta los pies con un sayal negro. La capucha también era negra. Sólo le vi los ojos. Fue cosa de segundos. Quiso golpearme con una maza en la cabeza.

—¿Qué clase de maza?

—Una con muchos pinchos, como esas que salen en las películas de la Edad Media. Menos mal que me dejé caer al suelo. Le pegué un puntapié en el estómago, pero no le pude dar de lleno. Entonces, el tipo echó a correr. Yo había caído dentro de la habitación y el señor Mac Namara chilló. Por fin me levanté y salí al corredor pero el fulano ya se había convertido en humo.

Martin entró en el dormitorio.

Mac Namara estaba echado sobre la almohada, como si estuviese muerto.

—Eh, señor Mac Namara —dijo, tomándole el pulso.

Lou habló a sus espaldas:

—Seguro que ese tipo no necesitó pegarle con la maza. Lo mató del susto.

—No, Lou, todavía está vivo.

Spencer Lowe entró en la habitación.

—¿Qué ha pasado?

—Ya lo intentaron, señor Lowe. —A continuación le contó la historia del encapuchado.

Spencer sacó un pañuelo que se pasó por la frente.

—No puedo creerlo.

—¿Por qué es increíble, señor Lowe?

—No dudo de la palabra de su amigo, pero en esta casa nunca habían ocurrido estas cosas.

—Claro que no. Antes no había ninguna profecía.

—¿Va a admitir ahora que es cierta?

—No me refería a eso, señor Lowe, sino a la amenaza que pesa sobre su jefe.

En aquel momento, Mac Namara volvió en sí.

—¿Dónde estoy? ¿Qué pasó?

—Está aquí, señor Mac Namara —contestó Bates—. Todavía no se marchó al infierno.

—¿Qué está diciendo este insensato?

—Tranquilícese, señor Mac Namara —dijo Duke—. ¿Vio usted al encapuchado?

—Claro que lo vi.

—¿Quién le pareció que era?

—¿Cómo quería que lo supiese si estaba cubierto de la cabeza a los pies?

—Pero quizá, por la estatura, pudo deducir algo.

—No, no deduje nada. Bueno, sólo que allí estaba mi verdugo. ¿Por qué no lo atrapó su amigo? Era su deber.

—Lou también fue sorprendido.

—Les pago para que no se sorprendan de nada.

Lou intervino:

—No se preocupe, señor Mac Namara. La próxima vez que aparezca ese encapuchado no dejaré que se largue tan fácilmente.

Mac Namara dio un gemido.

—Conque yo era demasiado impresionable.

En aquel momento, entraron en la habitación Smith e Ingram, los dos criados.

—¿De dónde vienen ustedes? —preguntó Duke.

—Yo estaba en la cocina —contestó Smith.

—¿Con la señora Robson, quizá?

—No, la señora Robson se retiró a su habitación. Tenía una jaqueca.

—¿Y tú, Ingram?

—Fui a poner unas flores en la habitación que ocupará la señorita Guerin.

—¿Cómo sabes que va a venir la señorita Guerin?

Mac Namara habló desde la cama:

—Le informé yo hace un rato por el teléfono interior.

Duke se asomó al corredor.

—Dime, Ingram, ¿dónde está la habitación de la señorita Guerin? —Al fondo a la derecha.

—Justamente por donde desapareció el encapuchado.

—No sé de qué se habla.

—¿No oíste nada desde la habitación?

—Un grito y un ruido de carreras.

—Y saliste para ver de qué se trataba.

—Sí, señor Martin, pero no vi a nadie en el corredor.

—Mi amigo Lou y yo nos asomamos y no te vimos.

—Seguramente tardé un poco más que ustedes en reaccionar. Recordando lo que usted y el señor Lowe me habían dicho de la profecía, me pregunté si no sería verdad. Había oído un grito procedente de la habitación del señor Mac Namara y pensé si no lo habían matado.

—¡Te prohíbo que digas eso, Nils! —exclamó Mac Namara.

—Perdone, señor, pero las cosas que están pasando en esta casa me han hecho perder la serenidad.

Mac Namara hizo chascar los dedos.

—Podéis retiraros los dos.

Ingram y Smith salieron de la habitación y la Puerta quedó cerrada.

—Está claro como el agua —dijo Bates.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Mac Namara.

—Ha sido Ingram... Apuesto a que si registramos en la habitación de la señorita Guerin encontramos el disfraz.

—Quédate aquí, Lou —repuso Duke—, yo iré a registrar.

Martin encaminóse a la habitación destinada a Chris Guerin, la primera esposa de Carter Mac Namara.

Pasó al interior y se dedicó a su trabajo, pero por ninguna parte encontró la vestimenta del hombre misterioso.

Se arrodilló en el suelo para mirar debajo de la cama.

Entonces oyó una voz desde la puerta:

—¿Se le perdió algo?

Miró hacia aquel lado y vio a una rubia, muy esbelta, de rostro

bello, y curvas proporcionadas.

—Usted debe de ser la francesa, Chris Guerin.

—Acertó. ¿Y usted?

—Duke Martin —contestó.

—Todavía no me dijo lo que busca.

—Un asesino.

—¿No sería más fácil que lo encontrase en una cárcel?

Duke había comprobado que bajo la cama no había nada. Se puso en pie.

—Vino usted muy oportunamente, señorita Guerin.

—¿Usted cree?

—¿Quién le abrió la puerta?

—Un criado, el mismo que conocí la otra vez, Nils Ingram.

—De modo que ya estuvo aquí con anterioridad.

—Sí, hace tres años. Le dije a Nils que se ocupase del equipaje...

Conocía ya esta habitación. ¿Qué es lo que pasa, señor Martin?

—¿De verdad no lo sabe?

—¿Qué se supone que debo saber?

—Han intentado matar al señor Mac Namara.

—Imagino que está de broma.

—No, Chris, le hablo en serio.

—Cuénteme.

Duke se lo dijo todo.

La francesa fumó un cigarrillo.

—Su historia es fascinante.

—Ahora que la conoce quiero que me conteste a una pregunta: ¿A qué vino a Nueva York?

—Por dinero.

—Ya entiendo. Piensa sacárselo al señor Mac Namara.

—Así es.

—¿Cuánto?

—Quizá tenga bastante con cien mil dólares. Naturalmente en calidad de préstamo.

—También se lo podría dar como adelanto de lo que usted va a cobrar cuando él muera.

—Al parecer, está enterado del testamento del señor Mac Namara. —Le pedí que me informase para protegerlo.

—¿De mí, señor Martin?

—¿Por qué no?

Chris Guerin sonrió con una sonrisa made in France.

—Es usted un tonto, Duke... Yo no necesito matar al señor Mac Namara para cobrar esos cien mil dólares.

—Está muy segura de que se los va a sacar.

—¿Quiere apostar algo?

—Últimamente no me fue bien en las apuestas.

—Me daré prisa en demostrarle mi inocencia, señor Martin — puso mucha intención en sus palabras, como si se tratase de otra clase de inocencia.

—¿Para qué quiere los cien mil dólares, Chris?

—Para levantar mi negocio.

—Con ese dinero casi podría levantar la torre de Pisa.

Chris rió con risa cantarina.

—Es usted muy ingenioso, señor Martin.

—¿No vino con usted su hombre?

—¿A cuál de ellos se refiere?

—¿Tiene muchos?

—Todo el que se cruza en mi camino y me gusta.

—Es usted una mujer sin inhibiciones.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, más coqueta que nunca.

—Lo inventaron los psiquiatras.

—Por cierto, también tengo un psiquiatra.

Chris echó a andar hacia Duke cruzando ligeramente las piernas.

Martin juró que no había visto jamás andar así, excepto en el cine a Kim Novak.

Y como Chris llevaba un abrigo de piel de leopardo su aspecto de animal felino fue completo.

Se detuvo delante de Martin y levantó la barbilla. Sus ojos estaban entornados. Dijo en un murmullo:

—Usted me gusta, señor Martin.

—Eso fue culpa mía, por cruzarme en su camino.

—¿No cree que puede ser un encuentro afortunado?

—No hago vaticinios sobre el futuro.

—Deje entonces que sea yo quien los haga.

Con mucha elegancia, Chris puso una mano en la nuca de Duke, se alzó de puntillas y lo besó en los labios entreabiertos.

La sensación no era nueva para Martin. No era el primer beso

que recibía de una mujer. La verdad era que estaba bastante entrenado, pero el beso de Chris merecía un «Oscar».

Tras un largo minuto, Chris apartó su boca de la de Duke y dijo:

—¿Qué tal, señor Martin?

—Estoy muy malito.

—Sí, ya he notado que le ha subido la tensión.

—No lo vuelva a hacer o no respondo de mí.

Ella rió.

—Ustedes los yanquis vinieron a Europa a enseñarnos muchas cosas, pero todavía no aprendieron lo más importante.

—Quiero que me de unas cuantas lecciones de lo más importante.

—Estaré encantada de ser tu profesora, Duke —lo tuteó ella.

—Sólo falta que digas el horario.

—Esta noche a las diez.

—No puedo.

—¿Por qué no?

—Hasta las doce tendré que andar por ahí de un lado a otro para que al señor Mac Namara no lo metan en un ataúd.

—Oh, sí, tienes razón.

Pero después de medianoche habré acabado el turno de guardia. Entonces tendré mucho gusto en hacerle una visita, señorita profesora.

—Lo malo es que tengo el sueño muy profundo.

—No creo que duermas. Estoy seguro que en esta casa no van a fallar las emociones durante las próximas horas.

En aquel momento llamaron a la puerta y apareció Nils Ingram con dos grandes maletas.

Dirigió una mirada de desprecio a Duke y entró en la habitación con el equipaje.

—Bienvenida, señorita Guerin —dijo Duke, y se dispuso a salir pero se detuvo—. Eh, Nils, quiero que me informes de algo.

—Diga, señor Martin.

—¿Dónde está la entrada secreta?

—No sé a qué entrada secreta se refiere.

—Ya sabes, al subterráneo que existe en toda casa donde hay fantasmas. En donde ellos esconden las cadenas, la maza con pinchos y la vestimenta con que dan miedo.

—El señor es muy gracioso.

—Pero tú no sabes nada de subterráneos ni de pozos.

—No, señor. Yo no sé nada de eso.

Duke salió definitivamente de la habitación de Chris encaminándose a la de Mac Namara.

El millonario estaba a solas con Lou.

—¿Encontró algo, Duke? —preguntó Mac Namara.

—Sí, una mujer.

—¿Cómo una mujer?

—Su primera esposa.

—Pobre Chris, debí decirle que no viniese a esta casa. Ha sido un error por mi parte. Ella es una muchacha muy delicada y va a pasar muchos sustos.

Duke se hubiese carcajeado de buena gana porque había conocido a Chris Guerin y estaba seguro de que la francesa podía resistir toda clase de emociones.

—¿Y el señor Lowe?

—Se fue a trabajar a la biblioteca.

—¿Lowe se va a quedar aquí, señor Mac Namara?

—Sí. Fue a llamar a su casa para advertir que pasaría aquí la noche.

—Señor Mac Namara, quiero que me diga la verdad.

—Ya se la he dicho.

—No sabe lo que le voy a preguntar.

—Está bien, haga la pregunta.

—¿Quién es realmente el primo Young?

—Ya le he dicho que mi primo Young murió hace dos años.

—Le dije que yo lo vi al llegar a la casa. Lou estaba conmigo. No puedo decir que fue una ilusión nuestra. Y Lou se lo volvió a tropezar en el corredor.

—No sé nada, ni siquiera sé si me está diciendo la verdad.

—Nosotros no conocíamos la existencia de su primo Young.

—¿Cómo van a conocerlo si está muerto?

—Le repito que está vivo, a menos que se trate de una persona que se haga pasar por él.

—No entiendo una palabra.

—Nosotros tampoco.

—Lo siento, Duke, pero no le puedo ayudar a ese respecto.

—Lou —dijo Duke—. Si vuelves a encontrarte con el primo Young no lo dejes escapar, y no te fíes de lo que te diga.

—Ya sé de lo que me va a hablar. Del rey Arturo y del mago Merlín. Aunque la próxima vez me dirá que se ha convertido en un huevo por arte del mago.

—Pues si es un huevo, le cascás en todo lo alto.

—Sí, Duke, descuida, si le vuelvo a poner el ojo encima, te prometo hacer yo también de mago. Le haré un nudo con las piernas en el cuello.

—No lo mates. Quiero que hable como las personas.

—Sí, Duke.

Martin se dirigió otra vez hacia la puerta.

—Eh, ¿adónde va? —preguntó Mac Namara.

—Señor Mac Namara —dijo Duke—, ¿desde cuándo es suya esta casa?

—La edificó mi padre, de modo que debe pertenecer a la familia desde hace unos ciento veinticinco años. Naturalmente, ha sido remozada en diversas épocas. Yo lo hice dos veces.

—Necesito saber dónde están los pasadizos secretos.

—Aquí no hay pasadizos secretos.

—Yo creo lo contrario. El primo Donald Young debe estar en un agujero, y quizá también lo esté el encapuchado.

—¿Se ha figurado que esto es un castillo inglés, que tenemos pozos y celdas donde atormentamos a nuestros prisioneros?

—Voy a continuar el registro de la casa, quiero ver todas las habitaciones una por una. ¿Quién tiene las llaves?

—La señora Robson.

—Muy bien, se las pediré a ella.

Duke se encaminó a la cocina. Al entrar vio a la señora Robson que estaba colocando unas viandas en el enorme frigorífico. No había ninguna otra persona con ella.

—Señora Robson...

—¿Es usted otra vez?

—Quiero que me de las llaves que abren las habitaciones de la casa.

—No se las puedo dar sin el consentimiento del señor Mac Namara.

—El señor Mac Namara dio ya su aprobación. Si tiene alguna

duda, llámele por teléfono.

—Le creeré a usted.

—Es muy amable.

La señora Eva Robson abrió un armario y sacó un llavero con muchas llaves que entregó a Duke.

—¿Cuánto tiempo lleva sirviendo al señor Mac Namara, señora Robson?

—El próximo dos de julio hará cuarenta años que entré aquí.

—Prácticamente, ha estado toda la vida con el señor Mac Namara.

—Así es.

—¿Está contenta?

—Siempre lo he estado.

—No lo parece por el tono de su voz.

—Estoy irritada contra esa mujer.

—¿Se refiere a Chris Guerin?

—Sí.

—¿Por qué está irritada con ella?

—Nunca me gustó. La conocí bien durante los dos años que estuvo casada con el señor Mac Namara.

—¿Quiere decir que ella no le fue fiel?

—Fue una miserable... Ella fue la causante de que mi hijo muriese.

CAPÍTULO VI

—¿Qué pasó entre su hijo y Chris?

—Ella lo engatusó.

Duke recordó la forma en que Chris se había insinuado con él y no tuvo duda de que la francesa podía engatusar a cuanto hombres se propusiese.

—¿Lo supo el señor Mac Namara?

—Claro que no.

—Pero usted sí.

—A una madre no le puede pasar desapercibido lo que le pasa a un hijo suyo.

—¿También él trabajaba en esta casa?

—Sí, era el chófer. No quise que aceptase el cargo. Eso fue su ruina. Tenía que llevar a la señora a sus compras. El señor Mac Namara podía atender muy poco a Chris, estaba pendiente de sus negocios, y ella, claro, necesitaba un hombre... Era una mujer odiosa. En cuanto me di cuenta de lo que iba a ocurrir, se lo advertí a Philip.

—¿Qué le dijo?

—Que dejase a la señora en paz, que se marchase. Yo tenía un primo en Australia, quise enviar a Philip con él...

—Pero él quiso quedarse aquí.

—Sí, señor Martin, pero la culpable fue esa mujer, Philip no comía, no dormía, siempre estaba absorto en sus pensamientos. Y yo sé lo que tenía dentro de la cabeza, tenía a esa mujer...

—Tranquilícese.

La señora Robson estaba cada vez más excitada. Llevó aire a sus pulmones y sacudió la cabeza.

—Sí, es mejor que me calme o de lo contrario iré arriba y la

estrangularé con mis propias manos.

—¿Cómo terminó la historia entre Philip y Chris?

—Philip era demasiado apasionado y quizá por eso llegó un momento en que la señora Mac Namara se dio cuenta de que continuar con mi hijo era peligroso para ella... Philip estaba como loco... Lo sorprendí hablando por teléfono con ella en esta misma cocina... Philip le propuso la fuga.

—El amor es loco, señora Robson.

—Sólo uno de ellos había perdido la cabeza, y ése era mi hijo Philip. Una mujer egoísta, que sólo piensa en sí misma, siempre tiene la cabeza sobre los hombros.

—Así que ella rechazó el plan de Philip.

—Sí, no necesité escuchar lo que ella le decía desde su habitación para saber que su respuesta era negativa... Comprendí que en ese momento Philip debía estar desesperado. Fue a marcharse y quise detenerle pero me dio un empujón. Montó en el auto y se marchó.

La señora Robson cerró los ojos. En esa posición dijo:

—Fue la última vez que lo vi vivo... Una hora más tarde, vino un policía. Philip se había estrellado contra un árbol... Murió instantáneamente.

Se hizo otro silencio.

—Lo siento, señora Robson.

—Era mi único hijo.

—¿Y su marido?

—Murió cuando yo era joven. Siempre había tenido a Philip conmigo... Era un buen muchacho... No tenía experiencia para comprender que Chris Mac Namara sólo quería divertirse con él... Y ahora esa mujer ha venido aquí otra vez...

—No se preocupe, ya sé que se irá, en cuanto haya conseguido lo que desea.

—¿Y qué es lo que quiere, señora Robson?

—Dinero.

—¿Quién le ha dicho que viene a por dinero?

La señora Robson sonrió con frialdad.

—Ya estuvo aquí otra vez y vino por lo mismo. Por billetes.

—Señora Robson, no le he preguntado a usted qué opina de la profecía.

—Son paparruchadas.

—¿No cree que van a matar al señor Mac Namara?

—Claro que no.

—¿No le dijo Ingram que apareció un encapuchado con una maza dispuesto a acabar con mi amigo Lou y con el señor Mac Namara?

—Sí, me lo dijo, pero no creo que pasase nada de eso.

—Usted cree que mi amigo miente, que fue una historia que se inventó. ¿Para qué iba a hacerlo?

—Ustedes necesitan cobrar.

—Debo decirle que el señor Mac Namara también vio al hombre encapuchado.

—Su amigo dijo que vio al encapuchado y el señor Mac Namara tenía tal susto encima que estuvo dispuesto a jurar que él también lo había visto.

—No está mal la explicación. —Duke se miró las uñas de la mano derecha—. ¿Qué hay del primo Young?

—Imagino que se refiere a Donald Young.

—Correcto, señora Robson.

—Murió hace dos años.

—¿Lo vio usted morir?

—No, claro que no.

—¿Cómo murió el primo Young?

—Se ahogó en el mar, en Long Island, la residencia de verano del señor Mac Namara.

—Le apuesto doble contra sencillo a que el cadáver nunca fue hallado.

—Se equivoca a ese respecto. El cuerpo fue encontrado, aunque el mar tardó una semana en arrojarlo a la playa.

—Lo que arrojaría el mar serían los restos de un hombre.

—Sí.

—Estaría irreconocible.

—El señor Mac Namara lo identificó.

—Ya entiendo, el señor Mac Namara conoció que era su primo Young por alguna cicatriz.

—No, no fue por una cicatriz.

—¿Qué fue entonces?

—El primo Young llevaba alrededor del cuello una cadena con

una medalla.

—¿Y fue eso lo único que tuvo el señor Mac Namara para poder identificar aquellos restos como pertenecientes a su primo?

—No lo sé, me imagino que sí, pero quizá tuvo otros motivos para hacerlo.

—Se lo preguntaré a él, señora Robson... Ahora contésteme a otra cosa... Quisiera ir al pasadizo.

—¿A qué pasadizo?

—Al que existe en esta casa.

—No sé nada de pasadizos. ¿Por qué ha pensado que podría haber alguno?

—De pronto se me ha ocurrido la idea de que el primo Young no muriese y que estuviese viviendo en esta casa. Escondido.

—Es la mayor tontería que he oído en mi vida.

—Eso justificaría por qué lo vi yo una vez y mi amigo Lou dos veces.

—El primo Young se ahogó y está en el cementerio.

—¿Lo conoció usted bien?

—No mucho. Tenía poca oportunidad de venir por aquí.

—¿Y dónde pasaba él la mayor parte de su tiempo?

—En una clínica psiquiátrica.

—No me pilla de sorpresa, señora Robson. Tenía la impresión de que el primo Young estaba algo tocado de la cabeza.

—Eso lo sabía cualquier persona que lo tratase.

—Debo recordarle algo, señora Robson. Yo no traté al primo Young antes de que supuestamente se ahogase.

En aquel momento se abrió la puerta de servicio y entró el chófer Frank Orsini.

—¿Qué tal van sus apuestas, Frank? —preguntó Duke.

—¿Quiere hacerme un favor, señor Martin?

—No me diga que me tire a un pozo. Uno debe renovar sus frases ingeniosas.

—No se haga el gallito en esta cocina. Usted ha podido ser contratado por el señor Mac Namara, pero no tiene derecho a importunar a las personas. Deje en paz a la señora Robson y déjeme tranquilo a mí también.

—Yo le daré otro consejo, Frank. No me grite o tendré necesidad de romperle la cara.

Duke salió de la cocina y se encaminó a la biblioteca.
Al entrar vio un cuerpo tendido en tierra, sobre la alfombra.
Era Spencer Lowe.

—¡Señor Lowe!

Duke se arrodilló junto a él.

No, Lowe tampoco estaba muerto.

Duke lo sentó en un sillón y le ofreció un trago de *whisky*.

El administrador resucitó poco a poco.

—¿Qué pasó, señor Lowe? —preguntó Duke.

—Había terminado de hablar por teléfono con mi mujer y fui a volverme cuando vi que esas cortinas se movían. Pensé que había alguien detrás y de pronto, al apartar las cortinas, vi al encapuchado... Me estaba mirando con ojos fijos... Me golpeó en la cabeza.

—No sería con la maza de pinchos porque lo habría dejado en el sitio.

—Sólo utilizó el puño.

—Vaya, tuvo suerte.

—¿Quién era ese hombre, señor Martin?

—Estoy tan ignorante como usted.

—¿No cree que deberíamos llamar a la policía?

—Eso es cosa del señor Mac Namara. Además, me parece raro que usted diga eso... Recuerde, usted no creyó en la profecía.

—Y continuó sin creer en ella. Ese hombre de la capucha sólo es un tipo que nos quiere embromar.

—No, no pienso que lo sea. Es mucho más serio. Para mí lo más importante es que aquí vive un hombre que tiene sesenta millones de dólares. Cuando él muera pueden pasar muchas cosas con su dinero.

—No pasará nada porque todo está perfectamente ordenado.

—El señor Mac Namara me explicó cómo era su testamento. Usted continuará en su puesto y quizá eso le beneficie.

—¿Qué quiere dar a entender?

—Si el señor Mac Namara muriese, apuesto a que usted tendría más libertad de acción. Y, por añadidura, le reportaría a usted un beneficio personal de cincuenta mil dólares.

La cara de Lowe empezó a enrojecer.

—Es usted un sucio polizone.

—No, no soy un sucio polizonte, señor Lowe.

—Razón de más para que se marche de esta casa.

—¿Ya piensa echarme?

—Usted y su amigo sólo son dos vivales que han querido meter aquí las narices para ganar un poco de dinero.

—Es cierto que queremos ganar un poco de dinero, señor Lowe, pero a cambio de él; deseamos ayudar al señor Mac Namara prestándole un valioso servicio.

Lowe se levantó del sillón y se escanció *whisky*.

Bebió un trago y dijo:

—Si vuelve a ocurrir un incidente en la casa, llamaré a la policía.

—¿Sin permiso del señor Mac Namara?

—Desde luego. Ya sé que él se opondría.

—Me gustará ver cómo toma una decisión por su propia iniciativa. ¿Sabe una cosa, señor Lowe? No creo que lo haga... Se ha acostumbrado demasiado a obedecer a Mac Namara.

—Disculpe, pero voy a mi habitación. Quiero descansar un rato.

—Espere un momento, señor Lowe.

—¿Qué quiere ahora?

—Me he informado de algunas cosillas con respecto al primo Young.

—¿Qué sabe de él?

—Que estaba un poco mal de la cabeza y que por ese motivo pasó grandes temporadas en una clínica psiquiátrica. También he sabido por la señora Robson que Young murió ahogado.

—Es cierto.

—¿También usted lo identificó?

—No, yo no. El señor Mac Namara.

—¿Lo acompañó usted hasta el lugar donde el mar arrojó los restos?

—Desde luego.

—¿Por qué el señor Mac Namara identificó aquel despojo como su primo Young?

Los ojos de Lowe relampaguearon.

—Al señor Mac Namara no le va a gustar nada que usted husmee en su pasado.

—¿Por qué? ¿Qué quiere esconder?

—¿Por qué no le hace esa pregunta al propio señor Mac Namara?

—Descuide, se la haré más tarde. Pero ahora le pregunto a usted... ¿Era realmente el cadáver del primo Young? ¿Es Young realmente la persona que descansa en el panteón familiar?

—No hay respuesta —dijo Lowe, y dando media vuelta salió rápidamente de la habitación.

Cuando se encontró a solas, Duke se acercó a la cortina. La apartó y estuvo tocando los tableros de la pared, en busca de un resorte secreto.

De repente oyó la voz de Chris:

—Siempre te encuentro haciendo las cosas más extrañas. ¿Qué buscas ahora?

—Siempre creí que estas casas tenían una escalera de piedra que conducía al sótano.

—¿Y qué esperas encontrar en el sótano?

—El tesoro de Alí Babá... A propósito de eso, ¿ya hablaste con Mac Namara?

—Sí.

—¿Le pediste los cien mil dólares?

—No tuve oportunidad de hablar de eso. Allí estaba el elefante de tu amigo.

—Cuando Lou oye que lo comparan con un elegante, se enfada mucho.

—No quise ofenderlo, pero debió comprender que quería hablar a solas con Carter.

—Yo le di orden de que no se apartase de Mac Namara pasase lo que pasase.

—Está bien, puedo esperar... Carter se mostró encantado con mi presencia. Se sintió poeta y dijo que yo era como una racha de aire vivificante.

—Debe estar muy mal para decir esas cosas tan ridículas.

—También dijo que le gustaría mucho tenerme aquí por algún tiempo.

—¿Qué le contestaste tú?

—No me comprometí a nada.

—Claro, tú estarás todo el tiempo que necesites para conseguir los cien mil dólares.

—Fue por lo que vine, ya te lo dije.

—Si le matan, te podrás ir enseguida y tendrás tu dinero.

—¿Crees que lo van a matar?

—Haré todo lo posible por evitarlo. ¿Llegaste a conocer al primo Donald Young?

—Lo vi sólo una vez.

—¿Dónde?

—Aquí en esta casa, lo traje un psiquiatra... Apenas habló conmigo. Me dio la impresión de que Donald estaba muy mal... Miraba de una forma irreal.

—Los locos viven en un mundo que crea su fantasía. ¿Qué otro familiar atendía al primo Young además de Carter?

—Ningún otro. Sus padres habían muerto.

—¿Bienes de fortuna?

—El padre de Donald se había dedicado a las invenciones.

—¿Inventó algo útil?

—No lo sé.

—¿Sabes que el primo Young murió?

—Sí, me lo comunicaron.

—¿Quién?

—El propio Carter me escribió dándome la fatal noticia. Se había ahogado en la playa de Long Island.

—¿Te explicó también que el mar tardó una semana en devolver su cadáver?

—No, eso no lo sabía.

—¿Qué interés podía tener Mac Namara en dar al primo Young por muerto?

—Creí que habías sido contratado para salvaguardar la vida de Carter. Al parecer, quieres investigar su pasado.

—En esta casa todo resulta interesante. Es como cuando atrapas una cereza del cesto, tiras de ella y salen ciento.

—Sería mejor que no profundizaras.

—¿Por qué?

—Es una idea mía. A Carter no le gustará nada.

—¿Hay algo que esconder?

Chris se acercó al joven.

—Eres un tonto por gastar tu tiempo en hacer preguntas... Estamos solos... Anda, bésame.

—Ahora no, dulzura... Quiero darme una vuelta por arriba a ver cómo van las cosas.

—Estuve allí hace un momento y todo marchaba bien.

—Pero tenemos a un encapuchado que va por ahí pegando sustos y al primo Young, que no está conforme con el ataúd que le sirvieron.

—No seas macabro...

—Volveré en cuanto pueda.

—Si me dejas sola, me emborracho.

—¿Y qué haces cuando te emborrachas?

—Guiño el ojo al primer hombre que veo.

—¿Fue eso lo que hiciste con Philip?

El rostro de Chris se demudó.

—¿Quién te ha hablado de Philip?

—Su madre.

—¿Esa arpía...? Ya entiendo, me acusó de que fui la causante de que Philip muriese.

—¿Y no fue así?

Chris levantó una mano de uñas largas y rejas.

—¿Quieres que te arañe la cara?

—¿Fue así?

Ella intentó pegarle un zarpazo, pero Martin la atrapó por la muñeca y le pasó el otro brazo por la cintura, atrayéndola contra sí.

Chris sonrió mirándole a los ojos.

—Esto me gusta más...

—¿Por qué no dejaste en paz al muchacho?

—Yo estaba, muy aburrida en la casa. Philip era joven y yo también. Pero nunca le dije que él y yo podríamos organizar nuestra vida en común. Para mí, Philip sólo fue una aventura.

—Debiste apartarte del muchacho al darte cuenta de que para él significabas algo más.

—No pensé que el muy loco atraparía el coche y lo haría correr a ciento veinte... La señora Robson me acusó de algo que no dependía de mí. Poco antes de que se marchase de la casa, Philip me propuso la fuga. Le dije que nunca me iría con él.

—Le dirías algo más, que habíais terminado.

—Sí, eso fue lo que le dije, pero de esto tuvo él la culpa. Me di cuenta de que Philip echaría a perder todo de un momento a otro...

No me interesaba su compañía, se estaba comportando como un chico inexperto... Pero dejemos eso ya. Ocurrió hace muchos años.

Duke se apartó de ella y echó a andar hacia la puerta.

—¿Adónde vas?

—Ya te he dicho que quiero hablar con Carter.

—Eres un estúpido. Deja que le maten.

Duke se detuvo y volvió la cabeza.

—Quieres que muera, ¿eh?

—Ya vivió lo bastante.

—Ningún ser humano ha vivido bastante...

—El lo tuvo todo y ya está viejo, demasiado viejo... Se ha convertido en un hombre insoportable... Lo era cuando fui su mujer y en todos estos años no ha hecho otra cosa que empeorar.

—Celebro que ofrezcas tu verdadera cara. Dime, Chris, ¿tienes tú algo que ver con la profecía?

—No.

—No he debido hacerte la pregunta. Nunca me confesarías la verdad. Pero si estás relacionada con ella, será mejor que no intentes nada.

—Cariño, estaré aquí y me comportaré como una perfecta ex esposa. Te prometo no matar a Carter.

—No es preciso que lo hagas personalmente.

—¿Qué quieres decir?

—Estoy suponiendo que el encapuchado fuese un cómplice tuyo.

—Me decepcionas como detective.

—Disculpa, si te he molestado.

Martin salió de la biblioteca y se encaminó hacia la habitación de Mac Namara. Abrió sin llamar, y Lou dio un respingo.

—Eh, Duke, acostúmbrate a llamar o moriré de un colapso.

El viejo Mac Namara miró al joven.

—¿Qué anduvo haciendo por ahí, Duke?

—Maté el tiempo preguntando a unos y a otros.

—¿Qué es lo que preguntó?

—Por el primo Donald Young.

—Oiga, Duke, mi primo Donald ya murió y yo estoy todavía vivo. ¿Lo oye bien...? Va a cobrar trescientos dólares y mil extras si llego vivo a las doce de la noche... Preocúpese de mí. Sólo de mí, ¿lo entiende?

—Está bien, me preocuparé de usted. ¿Cuántos millones heredó de su padre?

—Un millón nada más.

—¿Qué hizo para conseguir los sesenta?

—Trabajar.

—Eso hacemos todos y la mayoría morimos pobres...

—Modernicé mis industrias. Introduje grandes cosas, un tractor como no se había conocido otro con anterioridad... También fabriqué seis modelos distintos de grúa que fueron la sensación del mercado.

—¿Usted era fabricante de esas máquinas...?

—Naturalmente.

—Pero alguien se ocuparía de hacer los planos y de mejorar los modelos con respecto a sus inmediatos antecesores. Para eso se necesita un inventor.

—Yo era el inventor.

—Vaya, no sabía que fuese usted tan inteligente. Por un momento había llegado a pensar que los inventos fuesen cuestión del padre de Donald Young.

Los labios de Mac Namara se crisparon.

—¿Quién le ha dicho eso?

—Lo oí por ahí.

—Dígame quién le informó y le quitaré el pellejo.

—Usted no puede quitar el pellejo a nadie. Hará bien en conservar el suyo. Pero todavía no contestó a mi pregunta. ¿Fue el padre de Donald quien hizo los descubrimientos que usted aprovechó para sus nuevos tractores y grúas?

—Es usted un miserable.

—Acerté, ¿verdad, señor Mac Namara? Usted compraba los inventos al padre de Donald y los patentizaba con su nombre.

—Sí, señor Martin, yo se los compraba y le pagaba bien. Víctor Young tuvo lo que ambicionaba y me lo debió a mí... Víctor sólo servía para trabajar en un laboratorio. Jamás podría haber realizado una sola de sus ideas.

—No creo eso. Si sus ideas eran buenas, cualquier otro fabricante las habría patrocinado.

—Se necesitaba mucho dinero para eso.

—Usted no era el único industrial con dinero. Pero dígame, ¿qué

fue de Víctor Young?

—Murió de repente cuando estaba dedicado a uno de sus inventos. Le encontraron sobre la mesa...

—Y a partir de entonces se ocupó usted de Donald...

—Sí.

—Quizá porque su conciencia le remordía.

—¡Maldito sea! Me ocupé de él porque era mi deber. Yo era su único familiar y el pobre muchacho estaba trastornado.

—¿Era realmente Donald Young el hombre que usted identificó en la playa?

—Sí.

—Lo identificó porque llevaba una medalla alrededor del cuello.

—Yo mismo se la regalé unos años antes.

—¿Estaría usted dispuesto a jurar ante un tribunal que era Donald?

—Lo juraría.

—Pero lo haría sólo teniendo en cuenta la prueba de la medalla.

—Sí, señor Martin, para mí era bastante. Tal como estaban aquellos restos, yo no podía hacer otra cosa.

En aquel momento se abrió la puerta.

—Adelante. —Duke hizo una señal.

En el hueco apareció el criado Nils Ingram.

—¿Qué le pasa, muchacho? ¿Por qué está tan pálido?

Como si quisiera dar una respuesta, Nils dio un traspié entrando en la estancia y se derrumbó.

Lou lanzó un grito. Nils, el criado, tenía un puñal clavado en la espalda.

CAPÍTULO VII

—¡La profecía, Duke! —gritó Bates.

—No, muchacho, es a Mac Namara a quien quieren ensartar.
Carter aulló desde la cama:

—¡Le han matado! ¡Han matado a Nils...!

—Seguro, señor Mac Namara —dijo Duke.

Se arrodilló junto a Nils para cerciorarse de que el criado no podría ya decir nada.

—Su corazón ha dejado de latir —anunció y se dirigió hacia el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Qué va a hacer, Martin? —rezongó Mac Namara.

—Cuando asesinan a alguien, es costumbre llamar a la policía.

—Se lo prohíbo.

—Usted no podrá conseguir que silencie este crimen ni con sus sesenta millones y medio de dólares.

—Será un escándalo.

—Claro que lo será, pero ¿qué quiere que hagamos...?

—Eh, Duke, a mí tampoco me gusta la policía —intervino Lou—. Y se me ocurre una idea. Ya que el primo Donald dejó vacío el nicho, ¿por qué no lo llenamos con el cuerpo de Nils?

—Imagino que Nils tendrá parientes y le querrán tener en su cementerio para ponerles flores una vez al año. Es la costumbre, Lou.

—Tienes razón. —Bates miró con tristeza al criado—. También él tiene derecho a sus crisantemos.

—Gracias por ser tan comprensivo.

Mac Namara apuntó a Duke con el dedo.

—¿Qué explicación le va a dar a la policía, Martin?

—Me temo que tendrán que saber la verdad.

—¿Quiere decir que les informará acerca de la profecía?

—No existe otra solución.

—Queda despedido.

Lou dio un respingo.

—Eh, abuelo, si nos despide, tendrá que indemnizarnos.

—Y un cuerno.

—Quiero decir que nos dará el dinero que ganamos hasta ahora.

—Ustedes no ganaron nada.

—No trabajamos por amor al arte, señor Mac Namara. Nunca hemos sido guardaespaldas de nadie, ¿verdad, Duke?

Martin tomó el cadáver de Ingram por los brazos y lo arrastró hacia el armario empotrado en la pared.

—Eh, ¿qué haces, Duke? —preguntó Lou.

—Lo he pensado mejor... Tenemos mala suerte con la policía... Si vienen por aquí, creerán que hemos sido nosotros... Dejaremos a Nils Ingram en ese armario... Anda, échame una mano.

—¡Le prohíbo que dejen «eso» ahí! —gritó Mac Namara.

—Tendrá que conformarse. No querrá que vayamos por toda la casa enseñando el cadáver.

Mac Namara rugió algo por lo bajo, pero ya no se opuso.

Colocaron el cuerpo de Ingram en el armario y Duke cerró la puerta con llave que entregó a Lou.

—Todo se está cumpliendo, Duke —gimió el grandullón—. Recuérdalo. Primero vi el calendario y era viernes y trece, luego se cruzó en nuestro camino aquel gato negro y, más tarde, pasaste por debajo de aquella escalera.

Duke palmeó la espalda de su amigo.

—Todo marcha bien, Lou.

—¡Pero si ya tenemos un cadáver!

—Atraparé al que lo hizo.

—¡Bravo! —exclamó Mac Namara—. Así me gusta que hable.

—Señor Mae Namara, hace mucho rato que no vemos a su secretaria. Constance Dupont.

—Ella no estuvo en esta casa hoy.

Duke y Lou se miraron y el segundo dijo:

—Duke, ¿no será que nos fuimos al desierto y todo lo que nos pasa es un espejismo?

—Creo que no, Lou. Estamos viviendo una escena de la vida

real...

—Pero aquí hay de todo... Un primo muerto que resucitó, un encapuchado, un criado con un puñal en la espalda. Y hablamos también en la casa con una secretaria que nunca estuvo aquí.

—Señor Mac Namara —dijo Duke con voz paciente—, su secretaria, la señorita Dupont, nos ofreció quinientos dólares para que nos marchásemos.

—¿Por qué iba a hacer ella tal cosa?

—Dijo que usted no necesitaba guardaespaldas.

—Sabré si eso es cierto. ¿Quiere hacer el favor de marcar su número?

Duke se acercó al teléfono de la mesilla de noche y marcó el número que Mac Namara le dijo.

Escuchó a la otra parte la señal hasta seis veces.

—No contestan, señor Mac Namara.

—Pruebe otra vez. Quizá marcó mal.

Martin volvió a marcar el número, pero el resultado fue el mismo.

—¿Es el apartamento de ella, señor Mac Namara?

—Sí.

—¿No podrá estar en otra parte, por ejemplo, en su oficina?

—Constance está disfrutando de sus vacaciones.

Duke dejó definitivamente el auricular en la horquilla.

—Quédate, Lou.

—Prefiero que se quede usted, Duke —dijo Mac Namara.

—No puedo estar aquí esperando a que al asesino de su próximo golpe.

—Es para lo que le contraté.

—Pero si le atrapo antes, usted habrá dejado de estar en peligro —contestó Duke y salió decididamente de la habitación.

Fue a la de Lowe.

El administrador había cerrado con llave por dentro y tuvo que esperar a que le abriese.

—¿Qué quiere, Duke?

—¿Vio a Nils Ingram hace poco?

—No, ¿por qué?

—Le estaba buscando.

—¿Por qué había de estar aquí?

—Puede continuar descansando, señor Lowe. No salga de ahí si no es necesario.

Duke bajó la escalera y se internó otra vez en la cocina.

Esta vez encontró a Eva Robson en compañía de Frank Orsini y del otro criado, Smith.

—¿Han visto a Ingram? —preguntó.

—Hace un rato que estuvo aquí —contestó la señora Robson.

—¿Y ellos, señora Robson? —Duke se refería a Orsini y Smith—. Orsini no salió de la cocina desde que usted se fue y Smith llegó hace unos minutos.

Duke se acercó a Smith.

—¿Qué has hecho durante la última media hora?

—Estuve en mi habitación.

—¿Solo?

—Naturalmente.

—¿No viste a Ingram?

—No, no le vi... Eh, ¿por qué hace tantas preguntas acerca de Nils?

—Sólo quería hablar con él de algo sin importancia. —Miró al chófer—. Le necesito, Frank.

—¿Para qué?

—Quiero que me lleve con el coche a cierto lugar.

—Alquile un taxi.

—El señor Mac Namara me dio carta blanca, de modo que me va a obedecer.

—Y si no, ¿qué?

—No crea que voy a hacer de soplón. Me limitaré a romperle las narices.

Frank se levantó sonriendo jactanciosamente.

—Ya ha hablado dos veces de romperme algo... Quizá tenga oportunidad de hacerlo durante ese viaje... De acuerdo. Le llevaré.

Poco después, Duke viajaba en el asiento trasero del «Cadillac» negro que manejaba Orsini.

Llegaron a la dirección que Duke le había indicado. El Caballo de Madera, de la calle Sesenta y Dos.

—Pase a recogerme dentro de media hora, Frank.

—Y si no vuelvo, regrese a pie.

—Regresaré contigo, Frank, no lo olvides.

Duke se metió en el bar. No era el Story Club, pero tampoco era el lugar infesto que Mac Namara había dado a entender.

La barra era atendida por un pelirrojo muy pecoso.

—Quiero hablar con Rona.

—Ella no está aquí hasta las cuatro.

—Es urgente.

—Espere y le daré una respuesta. ¿Quién le digo que es?

—Un mensajero del señor Mac Namara.

El pelirrojo sacudió la cabeza y habló por un teléfono.

Por fin se volvió hacia Duke.

—La patrona dice que puede subir. Es la puerta que hay al fondo.

Duke subió por una escalera, y vio en el corredor a una mujer que le estaba esperando.

Era bonita, de cabello rubio. Su nariz resultaba muy graciosa, respingona. Se cubría con un batín acolchado.

Ella le estudió severamente y preguntó:

—¿Qué quiere el señor Mac Namara?

—¿Está su marido?

—Se marchó a la fábrica de cerveza, para solucionar un problema con ellos. ¿Tiene que ver con el asunto?

—No. Podemos prescindir de él.

—Pase —dijo Rona.

Entró en un pequeño *living* donde había un aparato de televisión, dos sillones y una estufa de gas.

—Debía estar enamorada realmente de Clark para cambiarlo por Mac Namara —dijo Duke.

—Una se equivoca.

—Así que, ahora no lo haría.

—No.

—Es muy sincera, y eso la honra.

—Cuando una comprende sus errores, ya es demasiado tarde.

—Pero usted lo hizo por amor y no tiene que recriminarse.

—El amor no da de comer.

—El señor Mac Namara le dejó una pensión de seiscientos dólares al mes. Supongo que los seguirá cobrando.

—Sí, desde luego, y con eso podemos vivir.

—¿No va bien el negocio?

—Clark se metió en otros asuntos y hasta ahora siempre resultó con pérdidas... Pero todavía no me ha dicho quién es usted.

—Duke Martin, un detective privado —mintió Duke.

—Ya sólo falta que me diga cuál es el objeto de su visita.

—Amenazaron con matar al señor Mac Namara... Hasta le dieron un plazo, del mediodía de hoy a la medianoche...

—Un anónimo, ¿eh?

—Sí.

—Le entiendo. Usted cree que yo tengo que ver con eso.

—Todos son sospechosos. Si Mac Namara muere, todos los que se relacionaron con él atraparán un montón de dinero. Unos más y otros menos.

—Y yo estoy entre las que se llevan el premio mayor.

—Sí, Rona. Usted y Chris Guerin.

—Siento defraudarle, pero ya le dije que es la primera noticia que tengo. Y supongo que tampoco Chris habrá enviado el anónimo. Ella vive en París.

—Está aquí, en Nueva York.

Rona enarcó las cejas.

—Lo ignoraba.

—Llegó hoy.

—¿Para qué vino?

—Necesita cien mil dólares... A ella también le va mal el negocio.

—¿Sabe que eso es muy interesante?

—¿Fue realmente Clark a la fábrica de cerveza?

—No.

—¿Dónde está?

—No le veo desde hace tres días y tampoco sé dónde pueda estar.

—¿Qué pasó?

—Clark y yo reñimos... Otras veces lo habíamos hecho. Pero nunca le había dicho que era un inútil, que si no fuese por mi pensión, sería un muerto de hambre... A Clark le dolió mucho. Gritó como un energúmeno y dijo que me podía guardar mi dinero, y que él sabría cómo vivir sin necesidad de mí.

—Usted vivió en casa de Mac Namara mientras fue su esposa.

—Sí.

—¿Qué opinión tiene de la gente que vive allí?

Rona rió con sarcasmo.

—Allí hay tipos para un museo.

—¿Quiénes son para un museo?

—Todos, sin excepción.

—Empiece por Mac Namara.

—¿Sabe que mi ex esposo es un canalla?

—¿Por qué?

—Robó a su tío... Él era Víctor Young, un inventor con gran talento... Mac Namara le robaba todo lo que Víctor sacaba de su cabeza. Lo inscribía a su nombre y ganaba millones.

—¿Qué parte le daba a Víctor?

—Víctor era un pobre hombre que se conformaba con poco.

Ya sabe, un idealista. Sólo pensaba en descubrir nuevos inventos que sirviesen a la humanidad.

—¿Dónde tenía instalado su laboratorio?

—En la casa de Mac Namara, en la parte de atrás... Se llegaba por una escalera de piedra.

—¿Quiere decir que era un sótano?

—Sí.

—Ya suponía que existía.

—Mac Namara ordenó que lo tapiasen cuando Víctor Young murió.

—¿Cómo murió?

—Sufrió un colapso.

—¿Asistió usted al entierro?

—Sí. Aunque ya hacía años que me había divorciado de Mac Namara.

—¿Le anunció Carter la muerte de Víctor?

—Sí, me avisó por teléfono.

—¿Por qué, si usted ya estaba casada con Clark?

—Pregúntele a él. En aquel tiempo lo consideré como una demostración por su parte de que no sentía animosidad contra mí.

—También conocería a Donald Young, el hijo de Víctor.

—Le vi sólo una vez.

—¿Dónde?

—Mac Namara me llevó a la clínica psiquiátrica del doctor Dowe.

—¿Qué impresión le produjo Donald?

—Estaba muy mal.

—¿También asistió al entierro de Donald Young?

—Sí.

—Imagino que Mac Namara le informó que Donald se había ahogado.

—Así fue. Pobre muchacho. Era el verdadero heredero de gran parte de la fortuna que pertenecía a Mac Namara.

—¿Qué me dice de los demás habitantes de la casa?

—Smith me quiso hacer el amor. Creyó que yo era una mujer fácil, porque se había enterado de mis relaciones con Clark. Entró una noche en mi cuarto aprovechando que Mac Namara se había ido a Chicago... Tuve que abofetearle para convencerle de que él me importaba un pimiento.

—¿Terminó así la cosa?

—No, porque fue Smith quien envió un anónimo a Mac Namara advirtiéndole de mis relaciones con Clark.

—¿Está segura de que fue él?

—¿Qué otro podía ser...? Tampoco me extrañaría que Smith hubiese mandado ese otro anónimo a Mac Namara amenazándole de muerte.

—¿No cree que sería más sencillo para Smith haberle matado sin previo aviso?

—Ese criado tiene un cerebro tortuoso.

—¿Y si todo fuese obra de Clark?

Rona se echó a reír estremeciendo los hombros.

—¿Clark un asesino...? Es muy divertido. Si le conociese, no hablaría así.

—¿Por qué no?

—Clark no tiene coraje para eso.

—Hay muchas personas que no tienen valor para hacer algo determinado en su vida, pero lo reúnen para matar.

—¿Qué ganaría él con eso?

—Quizá todo fue premeditado por Clark. Quiero decir que llevó lejos la riña entre ustedes para desaparecer. Pero su única intención ha sido mantenerla a usted fuera de su plan.

—Tiene imaginación, señor Martin, pero estoy segura de que se equivoca.

—¿No tiene idea siquiera de dónde ha ido Clark?

—He llamado a todos sus amigos, pero ninguno le ha visto.

—¿No estará con algún pariente?

—Tampoco. Sólo tiene un hermano y fue el primer número que marqué.

—Quiero hacerle un ruego. Rona. Si él vuelve, llámeme a casa de Mac Namara, pero pregunte por mí.

—De acuerdo, señor Martin. Yo también le haré un ruego a usted.

—¿Sí?

—Si matan a Mac Namara, quiero saberlo cuanto antes.

—De acuerdo.

Duke desanduvo el camino que había seguido para llegar hasta allí.

El «Cadillac» ya le estaba esperando.

Ocupó el asiento posterior y dijo:

—A casa, Frank.

El chófer puso en movimiento el auto sin decir nada.

De pronto, Duke se dio cuenta de que no seguían el itinerario hacia casa de Mac Namara.

El chófer metió el auto en un solar y le detuvo.

—¿Qué significa esto, Frank?

Éste volvió la cabeza sonriendo.

—Pensé darle una oportunidad para que me rompiese las narices.

Duke se le quedó mirando en silencio. Finalmente abrió la portezuela y salió fuera.

Frank saltó también del «Cadillac». Tenía guantes negros en las manos. Cerró y abrió éstas mientras decía:

—No quiero despellejarme los nudillos.

Tiró la derecha, pero Duke se echó atrás y el impacto en su pómulo fue suave.

Frank rió.

—Cuando vuelva a casa de Mac Namara, tendrá que decir que cayó en una zanja.

Tiró la izquierda y Duke la burló otra vez replicando con un rechazazo al hígado.

Frank retrocedió soltando maldiciones, pero sólo dijo dos,

porque luego la zurda de Duke le cerró la boca.

Cayó en el suelo, sobre los cuartos traseros, y sacudió la cabeza para volver en sí.

—¿Tuviste bastante, Frank?

Un hilillo de sangre le corría por la comisura de los labios.

—Todavía no —se levantó y atacó con más furia que antes.

Duke recibió un golpe en la oreja derecha. Eso provocó su ira.

Cazó a Frank en el estómago y luego le incrustó el otro puño en las narices.

Frank cayó de nuevo arrojando sangre.

Duke fue al auto, tomó un trapo y lo arrojó a las narices de Orsini.

Frank contuvo la hemorragia, mientras escupía más maldiciones.

—Tú te lo buscaste, Orsini —dijo Duke.

El chófer se levantó.

—¿Fue boxeador profesional, Martin?

—No.

—Pues se podría ganar la vida en un *ring*... Le diré algo en secreto... Yo combatí como profesional en los pesos ligeros. De veintitrés combates gané veintiuno. Le felicito.

—¿Sin rencor Frank?

—Sin rencor.

Se dieron la mano y volvieron al coche.

Frank condujo directamente a casa de Mac Namara.

Entraron por la puerta de servicio y Orsini, con el pañuelo en la cara, se dirigió a su habitación sin detenerse.

En la cocina estaba Eva Robson.

—¿Qué le pasó a Frank? —preguntó la señora Robson.

—Frenó bruscamente para no atropellar a un tipo.

—Cada día está peor el problema de la circulación.

—Sí, señora Robson. ¿Y Smith?

—Se fue a su cuarto.

—¿Cuál es?

—Tercero a la izquierda.

Duke abrió la puerta de la habitación de Smith y pasó al interior.

Smith estaba tendido en la cama.

—No moleste, Martin, ¿no ve que estoy descansando?

—Hablé con Rona, la segunda esposa de Mac Namara.

—¿Qué le dijo esa trotacalles?

—No creo que sea lo que tú dices...

—¿Qué sabe usted de mujeres?

—Es frecuente que un hombre insulte a una mujer cuando es rechazado por ella.

Smith rió de mala gana.

—De modo que ella le contó eso.

—Entraste en su dormitorio el día que el señor Mac Namara se fue a Chicago, pero no te resultó. Rona te arrojó de la habitación a cajas destempladas. Entonces, como venganza, enviaste un anónimo a Mac Namara informándole de lo que existía entre Rona y Clark Lord.

—Salga de aquí, señor Martin.

—Saldré cuando termine de hablar contigo.

—Ya terminó.

—Tú enviaste aquel anónimo y he pensado que quizá has enviado el segundo, ya sabes, la famosa profecía.

Smith se incorporó en la cama y quedó sentado en el borde, con los pies en el suelo.

—Oiga, Martin, es cierto que puse al corriente al señor Mac Namara de lo que hacía con él esa hija de perra... Le estaba engañando con Clark Lord. Nunca me arrepentí de haber hecho aquello. Gracias a mí, el señor Mac Namara se pudo librar de ella... Pero no tengo nada que ver con la profecía.

—Voy a creerte, aunque sea por un rato... Ahora quiero que me lleves al laboratorio de Víctor Young.

—También le habló Rona de eso, ¿eh?

—Quiero echarle un vistazo.

—No puede.

—Sí, ya sé que el señor Mac Namara lo tapió, pero de todas formas quiero llegarme allí.

—Muy bien, le acompañaré.

Salieron de la habitación y cruzaron el gran vestíbulo, hacia la parte izquierda de la escalera. Había allí una pequeña puerta que Smith abrió.

El corredor era frío y oscuro.

—¿No hay luz aquí?

—El señor Mac Namara ordenó que quitasen la instalación eléctrica antes de que tapiaran el laboratorio.

Duke frotó un fósforo.

Llegaron al final del corredor, donde había una pared.

—Detrás de este muro estaba la puerta del laboratorio —dijo Smith.

Tocó la pared y la golpeó. Era dura, resistente.

—No, señor Martin —dijo Smith—. Por aquí no puede entrar ni salir nadie.

—Excepto un fantasma.

—¿Cree usted en ellos?

—Si sigo mucho tiempo en esta casa, terminaré por creer.

Salieron del corredor, y Duke dijo:

—Gracias por haberme acompañado.

—No hay de qué, señor Martin. He querido colaborar con usted, ya que también colaboró esa fulana.

Duke subió la escalera, encaminándose a la habitación de Mac Namara.

Golpeó en la puerta, pero no le contestaron.

Entonces, abrió y pasó dentro.

Quedó paralizado al ver que allí no había nadie.

CAPÍTULO VIII

Oyó un ruido en el cuarto de baño. Estaba a la izquierda. Corrió hacia allí.

Mac Namara estaba sentado en una silla, y Bates le daba masaje en la barba.

—Hola, Duke —saludó Lou—. El señor Mac Namara quiso tomar un baño y luego me pidió que le afeitase... Le gusta que le rasuren con la navaja... Es tan cascarrabias que dos veces estuve a punto de rebanarle el cuello.

Mac Namara apretó los maxilares.

—Para ustedes, valgo más vivo que muerto... ¿Dónde estuvo, Duke?

—Con su segunda mujer.

—¿Eh?

—Tenía que hacerle unas preguntas.

Mac Namara se puso lívido.

—Así que salió de la casa sin mi consentimiento.

—Frank me llevó y me trajo en el coche.

—Ha desobedecido mis órdenes. Le contraté para que se quedase aquí.

—Me contrató para que no le matasen. Y decidí ver a Rona para que ella me informase acerca de algo que usted estaba silenciando.

—¿A qué se refiere?

—A Víctor Young, a su laboratorio, a sus inventos...

—No me gusta que nadie husmee en los asuntos familiares. La memoria de Víctor Young es para mí sagrada.

—No sea cínico. Usted le robó.

—¡Duke!

—Se aprovechó de sus inventos. Ganó millones y a él le daba

migajas.

—Vive Dios que esta vez lo despediré.

—No lo hará, porque entonces llamaré a la policía y le contaré todo. Desde el principio al fin.

—Usted es un gusano, Martin. Quiere sacarme la plata, pero, con tal de perderle de vista, se lo voy a dar... ¿Qué quiere? ¿Mil dólares?

—No, señor Mac Namara. Esta vez se va a guardar su dinero.

—Duke —intervino Lou—. En todos los negocios se puede transigir y resulta bueno para las dos partes. Si el señor Mac Namara quiere pagarnos mil dólares por nuestro silencio, yo doy mi consentimiento. Nos iremos de aquí y lo olvidaremos todo.

—No, Lou. Ninguno de los dos olvidaríamos lo que está pasando en esta casa... Y hay mucho más. Voy desenredando las cosas acerca del señor Mac Namara y te aseguro que está valiendo la pena.

Los ojos de Carter despedían chispas de furia.

—Ponga usted el precio, Duke.

—No hay nada que hacer.

—¿Qué persigue con esto?

—No tiene que preocuparse. Víctor Young murió y su heredero, Donald Young, también murió. Nadie le va a arrebatar un dólar de sus condenados sesenta millones y medio. Yo sólo pretendo una cosa, señor Mac Namara, impedir que alguien haga justicia por su propia mano.

—¿Ha dicho justicia?

—Sí, señor Mac Namara, eso he dicho. Porque, cuantas más cosas conozco de usted, más me digo que hace tiempo se ganó un buen descanso. Y yo le diré dónde, señor Mac Namara. En el mismísimo infierno.

—Ha sido Rona quien le ha predispuesto contra mí.

—Ella se limitó a contar la verdad.

—No hay más verdad que la que yo digo.

—Víctor Young tenía su laboratorio en esta casa. Usted no me dijo, nada a ese respecto, a pesar de que le pregunté.

—Ordené que lo tapiasen.

—Sí, ya lo vi. ¿Por qué lo hizo, señor Mac Namara?

—Ya no tenía objeto su existencia.

—Quería establecer un muro entre usted y el lugar en que Víctor Young pasaba la mayor parte de su vida... Quizá pensó más de una vez que el fantasma de Víctor Young podría visitarlo en su dormitorio.

—¡Cállese, maldita sea!

—Pero con el muro se sintió más seguro...

—¡Lou! —gritó Mac Namara—. Ayúdeme para llegar hasta la cama. No puedo soportar a su amigo.

Duke hizo una señal a su amigo para que éste accediese.

Lou tomó en brazos a Mac Namara y le llevó al lecho.

El millonario cerró los ojos y murmuró:

—Tendré que llamar al doctor, no podré resistirlo... Usted, Duke, me está matando... El asesino no tendrá necesidad de cumplir su profecía, si usted continúa acusándome.

—¿Por qué no admite su culpabilidad? No se comportó bien con Víctor Young.

—¿Qué ganaría con esto?

—Tranquilizar su conciencia, pero ha de ser cierto, le ha de salir de la médula o del corazón, como usted quiera.

—Váyase al diablo.

—Lou, vete a la cocina a comer. Yo ocuparé tu lugar hasta que regreses.

Bates se palmeó el estómago.

—Ya estaba protestando el gato que tengo aquí dentro.

Hizo un saludo y salió de la habitación.

Bajó la escalera y se iba a dirigir a la cocina cuando oyó un golpe procedente de la biblioteca. Era como si un cuerpo se hubiese desplomado. Se encaminó hacia allí muy aprisa. Abrió la puerta.

Se quedó asombrado al ver a Chris Guerin en el suelo, desmayada.

El primo Young estaba agachado sobre ella.

—Eh, usted, ¿qué ha hecho con Chris?

Young alzó los ojos y sonrió.

—Quise decirle algo y, al verme, dio un grito y se desmayó.

—¿No la golpeó?

—Le juro que no.

—Apártese de ella.

—¿Por qué? Sólo quería ver su belleza... Es Chris, la segunda

esposa de mi primo Carter.

Lou era lento en sus reacciones y sólo ahora se dio cuenta de que otra vez estaba en compañía del fantasma.

Sintió un escalofrío por la espalda y pensó echar a correr para llamar a Duke.

Pero recordó su promesa a su compañero y a Mac Namara. Si volvía a ver al primo Young no le dejaría que desapareciese, porque le haría un nudo con las piernas en el cuello. Pero ahora que se encontraba ante él, su voz interior le decía que debía tener precaución. Un loco, aunque fuese tan pequeño como Young, siempre era peligroso. Lo mejor era hacerse amigo de él.

—Eh, primo Young, estás muy bien de aspecto —dijo.

—¿Usted me ve?

—Claro que le estoy viendo.

—Eso quiere decir que la maldición del mago Merlín todavía no surtió efecto.

—¿Qué maldición?

—El mago Merlín aseguró que me convertiría en tortuga.

—Pues todavía no le salió la concha.

—Voy en busca de otro mago, se llama Alberto, y es un enemigo de Merlín. Me dará una pócima y nunca me podré volver tortuga.

—¿Ha dicho Alberto? Sé dónde está.

—¿Dónde?

—Arriba. Yo mismo le acompañaré, primo Young.

—¿No me engaña? ¿Está seguro de que vio arriba al mago Alberto?

—Alberto y yo somos como éste y éste. —Lou juntó dos dedos de la mano derecha.

—Muy bien, amigo, ahora iré con usted.

—Así se hace.

En aquel momento, Chris volvió en sí, pero vio a Young, dio un grito y se volvió a desmayar.

—¡Caramba! —dijo el primo Young—. ¿Qué le pasa?

—Quizá va a tener un hijo, ya sabe, las que están así se desmayan por cualquier cosa. Recuerde que usted y yo hemos de darnos prisa en ver al mago Alberto, no vaya a ser que empiece a salirle la concha.

—Estoy de acuerdo con usted.

Young se encaminó hacia la puerta en compañía de Lou, pero de pronto se detuvo.

—Eh, ¿qué le pasa? —preguntó Lou.

—¿No será usted un amigo del mago Merlín?

—Oh, no piense en eso. Sólo soy amigo de usted, primo Young.

—Entonces, el mago Merlín le convertirá en un escarabajo.

—No le tema al mago Merlín.

—Pero a esto sí que le temerá.

Donald Young sacó una pistola del bolsillo.

La nuez bailó en la garganta de Lou.

—Eh, primo Young, debe tener cuidado con esos bichos... Son peligrosos...

—¿Usted cree?

—Además, un caballero de la Corte del Rey Arturo sólo debe utilizar arco y flecha.

—Deje de decir memeces.

Lou tragó saliva. La cara del primo Young había cambiado un poco. Ya no sonreía como antes.

—Va a venir conmigo, señor Bates.

—Claro que sí. Voy a ir con usted para que hablemos con el mago Alberto. De esa forma evitaremos que el mago Merlín le convierta en una tortuga.

—Habla como un demente. Ya le dije antes que cerrase el pico. Eche a andar hacia la pared del fondo.

Lou miró la puerta porque tenía muchas ganas de que apareciese alguien por allí, y si se trataba de Duke mucho mejor, pero la puerta continuó cerrada.

Tuvo que echar a andar hacia la pared del fondo, porque Donald se puso tras él y le clavó el cañón de la pistola en la espina dorsal.

El primo Young se movió hacia el rincón, se puso en cuclillas, sin dejar de apuntar con la pistola a Lou, y tocó un punto determinado de la pared.

Se oyó un ruido y la pared se movió, apareciendo un hueco.

Lou soltó unos cuantos juramentos en voz baja. Se demostraba ahora que Duke tenía razón. En aquella casa había un pasadizo subterráneo y aquel estúpido de Carter Mac Namara lo había estado negando.

—Pase por ahí, Lou.

—¿Por qué, primo Young, si aquí estamos tan bien?

—No rechiste o le meto una bala por las narices.

Bates entró en el hueco sin rechistar y Young fue detrás.

A la otra parte, el primo Young tocó la pared y la puerta se cerró con un chirrido.

Lou se sintió más solo que en ningún otro momento de su vida.

Duke estaba en aquella casa, pero no conocía el secreto de aquel subterráneo. Nunca se le ocurriría llegarse hasta el rincón de la biblioteca, ponerse en cuclillas y tocar el punto exacto para mover el resorte.

Estaba perdido en manos de aquel loco.

—¿Qué está haciendo ahí de pasmarote? —Oyó al primo Young—. Siga adelante.

Lou echó a andar.

Había una lámpara que colgaba de la parte central.

Al fondo nacía una escalera de piedra.

Los dos bajaron por la escalera a un sótano, que también estaba iluminado por una lámpara que pendía del techo.

Bates vio junto a la pared un camastro y, en el centro de la estancia, una mesa y dos sillones.

Descubrió otra escalera distinta a la que habían utilizado para llegar allí, que se dirigía hacia una puerta.

Y aquella puerta se abrió ahora.

—Apártese de ahí, Lou —dijo el primo Young—. Retroceda hacia el camastro y siéntese.

Bates se acercó al camastro y se sentó.

Entonces volvió a mirar la puerta que había oído abrirse. Alguien bajaba por la escalera.

Lou agrandó los ojos al identificar a aquella persona. Era Spencer Lowe, el administrador de Carter Mac Namara.

—Ya tengo a uno de ellos, señor Lowe —dijo el primo Young.

—Debiste matarle, Donald. Ya te dije que no quería ningún prisionero.

CAPÍTULO IX

Lou recuperó el habla.

—Conque es usted, señor Lowe...

—Sí, hipopótamo, soy yo.

—Usted quiere matar al señor Mac Namara...

—Le voy a matar —sonrió Lowe, enseñando los dientes de carnicero.

—Pero él es su patrón.

—Ese maldito ya dejó de dar órdenes. Todo esto que haré ahora lo debí hacer hace mucho tiempo.

—Usted tuvo aquí a Donald...

—Sí, yo le acogí, porque el señor Mac Namara había robado a sus padre y decidí protegerle.

—Pero Donald se ahogó.

—No fue él el que se ahogó. Donald estaba de acuerdo conmigo. Todo fue una simulación. Yo me hice con el cadáver de un vagabundo, le puse la medalla de Donald y lo arrojé al mar, cerca de donde supuestamente Young se había ahogado.

—Seguro que usted mató al vagabundo.

—El pobre no tenía familia y pasaba hambre... Le daba lo mismo morir.

—Es usted un asesino, señor Lowe.

—El fin justifica los medios y Mac Namara es un ladrón y un tirano...

—Pero ¿por qué no le mató sencillamente y echó mano a la profecía?

—No tengo nada que ver con la profecía.

—Entonces, ¿es cierta?

—Tampoco.

—No le comprendo.

—Fue una estupidez de ese Nils Ingram. El era el encapuchado.

—De modo que también Ingram quería matar a Carter.

—Ese idiota sólo quería meterle miedo a Mac Namara, hacerle pasar una mala temporada... Pensó que Carter descubriría la profecía y que hasta que llegase el día trece y viernes se cocería en su jugo. Pero llegó el día de hoy y Mac Namara no se había muerto. Entonces, Nils decidió jugar a los disfraces y se puso la capucha... Yo sólo tuve que aprovecharme de esa tontería y decidí acabar con Mac Namara de una vez...

—Acabó antes con Nils Ingram. Usted le acuchilló.

—Sí, y lo hice con mucho gusto... No quería competidores... Resultó la mar de fácil, aunque el muy condenado, con el cuchillo clavado en la espalda, se me puso a andar. Nunca creí que pudiese llegar hasta la habitación de Mac Namara cuando le ensarté al lado de la escalera. Luego fui a mi habitación y esperé los acontecimientos.

—¿Por qué ha enredado en este asunto a Donald Young?

—Quería darle un poco de ambiente.

—Usted está tan chiflado como él.

—Los dos únicos locos que se metieron en la casa fueron ustedes... Quisieron proteger a Mac Namara y no van a conseguir nada. Bueno, sólo van a lograr una cosa, perder la vida.

—Usted no tiene derecho a matarnos. Somos dos empleados y nos limitamos a recibir órdenes.

—Son dos sicarios de Mac Namara y eso es bastante para que desaparezcan.

—No se ponga así, hombre. Le voy a hacer una promesa. Si me deja salir no contaré nada a la policía. —Lou levantó la mano—. Lo juro.

—Deje ya de hacer el payaso, Bates.

Los ojos del primo Young relampaguearon y otra vez volvió a sonreír como antes.

—¿Lo mato ya, señor Lowe?

—¡No, Donald! —gritó Lou—. ¿Por qué has de darte tanta prisa...? Soy un tipo que sabe hacer muchas cosas. Esto parece una pocilga. Barreré y hasta fregaré el suelo...

—No, Lou, no va a hacer tal cosa —contestó Spencer Lowe.

Donald Young curvó el dedo en el gatillo y apuntó al estómago de Lou.

Bates vio, aterrorizado, que de un momento a otro el cañón escupiría la bala que iba a acabar con su vida. Minutos antes, se había separado de Martin para llenar el estómago de algo sustancioso, y ahora aquel loco se lo iba a llenar de plomo.

—Espera un momento, Donald —dijo Lowe.

El primo Young torció la boca en un gesto de contrariedad.

—¿Qué le pasa, señor Lowe?

—No quiero que le mates... todavía.

—¿Por qué no?

—Estoy pensando que quizá nos va a hacer falta.

—¿Para qué nos va a hacer falta, señor Lowe?

—Tú no tienes que pensar nada. Recuérdalo. Yo soy el que trazó los planes. Hasta ahora todo salió bien y, si me sigues obedeciendo, muy pronto podrás vengar a tu padre.

Donald era tardo en comprender. Estaba inmóvil, rumiando las palabras que Spencer había pronunciado.

—Sí, señor Lowe, esperaré. Así podremos matarlos a todos juntos... ¿No es eso?

—Algo parecido.

—Deseo pedirle un favor especial, señor Lowe.

—¿De qué se trata, Donald?

—Quiero a la mujer.

Spencer entornó los ojos.

—¿A qué mujer te refieres?

—A Chris. Siempre me gustó... Cuando era la mujer de mi primo pensaba en ella horas y horas y siempre he seguido pensando en ella... Nunca creí que la volvería a ver y ahora llegó otra vez a la casa...

—¿Quieres decir que la viste?

Young guardó un silencio.

—Te he preguntado si la viste, Donald.

—Sí, estaba sola en la biblioteca... La estuve espiando un rato por el agujero del muro y no resistí a la tentación de verla.

—Debiste dejarla tranquila.

—¿Cometí alguna falta?

—Sí, Donald, cometiste una falta. Te dije que sólo te tenían que

ver los dos guardaespaldas. Te lo advertí bien. Ellos no te habían visto antes, pero Chris, sí. La palabra de Duke o Lou no significa nada, pero ahora Chris sabrá que estás vivo y se lo dirá a Mac Namara.

—¿He estropeado su plan, señor Lowe?

Spencer apretó los dientes con fuerza.

—Sí, Donald, cometiste un error. Ya te dije que en ese caso recibirías tu castigo.

—No me azote, señor Lowe.

—Ahora no tengo tiempo para hacerlo.

—Rectificaré, señor Lowe.

Spencer se acercó al primo Young y le puso la mano en el hombro.

—No vuelvas a salir de aquí mientras yo no te lo ordene.

—Sí, señor Lowe.

—Quiero que obedezcas.

—Desde luego, pero quiero que tenga en cuenta lo que le dije acerca de Chris. Esa mujer me gusta mucho. No puedo vivir sin ella, señor Lowe.

—Te comprendo, Donald.

—Es usted muy bueno, señor Lowe, me está ayudando a vengar a mi padre...

—Te aseguro que es un placer, Donald, y no tienes que preocuparte por Chris. Cuando llegue el momento, la tendrás.

—¿Es cierto, señor Lowe...? ¿Va a hacer eso por mí?

—Quiero compensarte por todo lo que el destino te dio.

Donald tomó la mano de Lowe para besarla, pero el administrador la retiró.

—Donald, ahora vas a encadenar a Lou.

—Sí, señor.

El primo Young señaló una argolla con su correspondiente cadena, que estaba adosada al muro.

—Acércate ahí, Lou.

El amigo de Martin obedeció.

Pensaba lanzarse sobre Donald cuando éste fuese a asegurarle por el tobillo con la otra argolla de la cadena.

Pero como si hubiese adivinado su pensamiento, Lowe sacó otra pistola.

—No intentes nada, Bates, o seré yo quien te meta la bala que acabe con tu cochina vida.

Lou tuvo que desistir de sus propósitos y dejó que Donald le encadenase.

Entonces, Lowe subió por la escalera.

—Voy a preparar el último acto de la comedia, Donald.

—Señor Lowe, recuerde que yo quiero un papel importante.

—No te preocupes, lo tendrás.

Spencer continuó ascendiendo por el mismo sitio que había utilizado para llegar. La puerta se cerró tras él.

Donald guardó entonces la pistola y se tendió en el camastro.

Durante los primeros minutos, Lou guardó silencio. Estaba pensando en las posibilidades que Duke tendría para desenmascarar a Lowe. Finalmente, pensó que no le quedaba ninguna. Aquel Lowe había resultado un zorro de primera categoría y Duke sería fácil presa de él.

Llegado a este punto de sus pensamientos, decidió que sólo podía salvarse de una forma, escapando de allí.

—Donald —dijo.

—¿Qué pasa?

—Se me ha ocurrido algo. Tú y yo teníamos que ir a ver al mago Alberto, ¿recuerdas?

—No existe el mago Alberto, ni el mago Merlín, ni el Rey Arturo. Todos murieron hace tiempo... Fui yo el que os engañó a vosotros... El señor Lowe me dijo lo que tenía que decirnos.

Lou se sintió otra vez desconsolado. Había echado mano a un argumento deleznable.

—Donald —llamó otra vez—. ¿No te has dado cuenta de que Lowe sólo es un miserable y que trabaja únicamente para él?

—Es mi amigo, quiere ayudarme.

—Es lo que él te dijo.

—He de vengar a mi padre.

—Lowe te metió esa idea en la cabeza, pero él sólo persigue una cosa, llevar a cabo su propia venganza.

—Cállate.

—No se puede matar como Lowe quiere hacerlo. Admito que Mac Namara fue una mala persona.

—Carter lo va a pagar.

—Ya lo pagó.

—¿Quién te lo ha dicho?

—La vida le pasó la factura.

—Es una tontería.

—No ha tenido hijos.

—Hay muchas personas que no los tienen.

—Pero él tampoco encontró el amor de una mujer, a pesar de todos sus millones.

—Se casó con dos mujeres hermosas.

—Apuesto a que las dos le engañaron... No pudo conservarlas.

Y ya lo ves, ahora está solo, muerto de miedo.

—Muy pronto estará muerto del todo.

—Serás un asesino y la ley te castigará.

Young se echó a reír.

—No sabes lo que dices, Lou. La ley no puede nada contra mí... Yo estoy muerto.

—Pero se descubrirá que estás vivo.

—Me ahogué en la playa y el mar devolvió mi cuerpo. Mi propio tío me identificó.

—Cuando se descubra todo, Spencer tendrá que responder a la justicia por lo que hizo y por lo que está haciendo.

—Lowe es muy listo, sabe lo que se hace.

—No podrá con mi amigo Duke. Deberías conocerle para estar tan seguro como yo de que no existe ningún hombre capaz de pegársela... Duke lo comprenderá todo en cuanto se de cuenta de mi desaparición.

—No es un adivino.

—Claro que lo es. Sumará dos y dos y llegará a la conclusión de que sólo pueden ser cuatro, y entonces sonará la última hora para Lowe... Pero todavía estás a tiempo de cambiar de bando, Donald.

Young le miró con los párpados semicerrados.

—Lou, quiero dormir un poco, ya me aburrí bastante con tu palabrería. Si estás tan seguro de que Duke puede acabar con Lowe, duerme tú también.

Lou recordó aquello de que los locos hablaban a veces con mucha cordura.

CAPÍTULO X

Duke Martin fumaba un cigarrillo sentado en un sillón.

Carter Mac Namara estaba tendido en la cama, adormilado.

La puerta se abrió de golpe y Chris entró en la habitación corriendo.

—Duke, ayúdame.

Martin se levantó de un salto.

—¿Qué pasa, Chris?

La francesa se echó en los brazos del joven.

—¡El primo Young!

—¿Dónde?

—Entró en la biblioteca... Yo estaba allí. Lo identifiqué al momento... Me desmayé del susto... Fue terrible...

—Tranquilízate, ahora estás segura.

—¡Chris! —gritó Carter—. Apártate de ese hombre... Sólo falta que le beses en mi presencia.

Chris miró a Mac Namara.

—No soy tu mujer ahora.

—Pero lo fuiste, y este hombre sólo es un asalariado mío.

—Olvídese de su maldito orgullo ahora, Mac Namara —repuso Duke—. Está hablando de que vio al primo Young.

—No puede ser.

—Ya somos demasiadas personas las que lo vimos en esta casa y usted sigue insistiendo en que el primo Young está muerto.

—No está muerto —dijo Chris—. Lo vi con mis propios ojos, como te estoy viendo a ti ahora, Carter.

—Aquel hombre que arrojó el mar tenía la medalla de Young, no me irán a decir que se encontró con él debajo del mar y que éste le dio la medalla a cambio de un encendedor.

—Sólo existe una explicación, y es la más sencilla de todas, señor Mac Namara —dijo Duke—. El hombre que usted identificó como su primo no era Donald... Pero alguien le quiso hacer pasar por él.

—¿Quién?

—Usted mismo, Mac Namara.

—¿Está en su sano juicio? ¿Para qué iba a hacer yo tal cosa?

—¿Le identificó como Donald alguien más?

—No. Sólo yo.

—Duke —dijo Chris—. Me falta decirte otra cosa... Cuando recuperé el sentido, el primo Young estaba allí, pero vi a otra persona, a tu amigo Lou... antes de desmayarme otra vez.

—No salgas de aquí, Chris —dijo Duke, y echó a correr.

Bajó la escalera y entró en la biblioteca, pero la encontró desierta.

—¡Lou! —llamó, pero no obtuvo respuesta.

Entonces salió de la habitación y se dirigió a la cocina.

Encontró a Eva Robson en compañía de Orsini y el criado Smith.

—¿Estuvo por aquí Lou?

—No —contestó la señora Robson.

Frank y Smith también contestaron con sendos movimientos negativos.

—Quiero que sepan algo. Mi amigo ha desaparecido. Fue visto por última vez en la biblioteca en compañía del primo Young.

Smith soltó una risita.

—¿Otra vez el primo Young...? Parece que hoy los muertos se decidieron a salir de sus tumbas.

—No bromeo, hablo en serio, y para que se convenzan debo informarles también que Nils Ingram está muerto.

Hubo un silencio. Los tres servidores de Mac Namara se habían convertido en estatuas.

Al fin, Eva Robson recuperó el habla.

—¿Quiere decir que le han matado?

—Sí.

—¿De qué forma ocurrió?

—Le clavaron un cuchillo en la espalda.

—¿Quién lo ha hecho?

—Cualquiera lo ha podido hacer. Uno de ustedes...

—Ya entiendo —dijo Smith—. Por eso preguntó por Nils.
—Sí, Smith. Y ninguno me convenció con su coartada.
—¿Por qué íbamos a matar a Nils? Era nuestro compañero.
—Quiero ver su cuarto. ¿Cuál es?
—El segundo de la derecha —contestó la señora Robson.
Duke entró en la habitación del difunto Nils.

Encontró una maleta en el armario y al abrirla vio la capucha y el sayal negros.

* * *

—Carter —dijo Chris a su ex esposo—. Quiero marcharme cuanto antes de esta casa.

—Puedes hacerlo. Nadie te obligó a venir.

—Antes quisiera pedirte un favor.

—Está bien. ¿De qué se trata?

—Necesito dinero.

—Todos necesitamos dinero.

—Tú, no.

—¿Para qué lo quieres, Chris...? No me irás a decir que es para ampliar tu negocio de modas. Ya fracasaste en eso.

—En Europa hay ahora un negocio mucho más floreciente que cualquier otro, incluyendo el de las modas. Me refiero a la construcción. En todos los países del viejo continente se gana el dinero por millones...

—¿Tú, constructora de edificios? No me hagas reír.

—Sólo seré la capitalista. Aquí cien mil dólares es muy poco, pero allí es una fortuna.

—Aquí también es una fortuna.

—Tienes que prestármelos, Carter. Te devolveré hasta el último centavo.

—La respuesta es no.

—Carter, estoy arruinada...

—Yo no tuve la culpa de que hicieses una mala inversión.

—Carter, tu abogado me informó que me dejarías medio millón de dólares cuando murieses.

—Entonces, tendrás que esperar a que muera para tener tus cien mil dólares.

—Los necesito ahora... ¿Te das cuenta...? En realidad, es como si me los dieses adelantados.

—No adelanto nada sobre mi muerte, aunque alguien esté dispuesto a que no llegue a la medianoche...

—Podrías arreglarlo en tu testamento. Dame ahora los cien mil dólares y desherédame. Con eso estará todo arreglado.

—La respuesta sigue siendo no.

—No seas cruel, Carter. Recuerda que dejé de ser tu mujer porque tú me repudiaste. Querías un heredero y yo no te lo pude dar.

En aquel momento entró en la estancia Spencer Lowe.

—Spencer, quiero que hagas algo por mí —dijo Mac Namara.

—Le escucho, señor Mac Namara.

—Llévate a esta mujer de aquí.

—Carter, por favor —rogó Chris—. Concédeme ese dinero y bendeciré tu nombre toda mi vida...

—Lárgate y déjame en paz.

—¿Dónde está Luke Martin? —preguntó Lowe.

—Se fue en busca de su amigo Lou —contestó Mac Namara. Entonces, Lowe se fue acercando a la cama.

—¿Es que no me has oído, Spencer? Quiero que te la lleves.

—Sí, señor Mac Namara.

—Estoy hartos de todos.

—Yo también estoy harto de usted.

—¿Qué dices, Lowe?

—Que estoy harto de usted.

—Lowe, ¿no te das cuenta de lo que dices?

—Claro que me doy cuenta. Le habría estrangulado muchas veces, pero tuve que contenerme.

—¿Es que te has vuelto loco, Lowe...?

—Ahora es cuando estoy en mi sano juicio. Y se lo voy a demostrar.

—¡Quedas despedido...! ¿Lo oyes bien?

—Usted no puede despedirme.

—Oh, sí. Tienes un contrato conmigo, pero lo cancelaré... ¡Ahora mismo llamaré a mi abogado para que te arroje a la calle!

—Va a tener muy poca oportunidad de hacer nada.

Lowe tenía los ojos fijos en su jefe.

De pronto, Mac Namara comprendió la verdad.

—¡Eres tú, Lowe...! Tú eres quien dejó la profecía en la buhardilla.

—No, señor Mac Namara, no fui yo, pero da lo mismo. Se va a cumplir lo que otra persona escribió.

Spencer sacó un cuchillo y, moviendo el brazo con mucha rapidez, lo hundió en el cuello de Mac Namara.

Chris estaba como electrizada. Su cara estaba tan blanca como el papel.

Lowe se mantuvo inclinado sobre Mac Namara hasta que éste dio el último estertor.

—Ya tienes lo que merecías —dijo.

—Entonces se levantó y sacó una pistola del bolsillo.

Chris agrandó los ojos.

—¿Qué va a hacer, señor Lowe?

—Alguien tiene que cargar con esto.

—No, señor Lowe.

Spencer apretó el gatillo.

Chris recibió el impacto de la bala en el pecho y cayó hacia atrás.

Lowe se dio mucha prisa. Limpió la pistola con el pañuelo y la colocó en la mano derecha de Mac Namara. También pasó el pañuelo por el mango del cuchillo. Echó a correr y salió de la habitación encaminándose a la suya.

Cuando cerró la puerta oyó pasos de alguien que subía precipitadamente la escalera. Entonces él salió también.

El que llegaba era Duke.

—He oído un disparo, Duke —dijo Lowe.

Los dos entraron en el dormitorio y se retuvieron como si hubiesen encontrado en su camino una pared.

—¡Dios mío! —exclamó Lowe—. ¿Qué ha pasado aquí?

Duke examinó el cuerpo de Chris.

—Está muerta. Le partieren el corazón de un balazo.

Luego se acercó a Mac Namara.

—Entonces era ella —dijo Lowe—. Hirió a Mac Namara de una cuchillada y él le pegó el tiro.

—Sí, parece que ocurrió como usted dice, Lowe —contestó Duke, levantándose.

Frank Orsini y Smith entraron en el dormitorio y también se detuvieron al ver la escena que se ofrecía a sus ojos.

Duke se dirigió hacia el teléfono de la mesilla de noche.

—¿Qué va a hacer, Martin? —inquirió Lowe.

—Llamar a la policía. Esto es cosa de ellos.

Lowe hizo un gesto afirmativo.

—Tiene razón... Estoy aturdido... Eran muchos años al lado del señor Mac Namara... No sé cómo ha podido ocurrir una cosa así... Ahora lo comprendo... Chris me dijo que iba a pedir dinero a Mac Namara, cien mil dólares. El señor Mac Namara, debió decirle que no le adelantaría un solo dólar y entonces ella perdió la cabeza...

—Sí, señor Lowe, está claro —convino Duke, y empezó a marcar en el dial.

—Estoy mareado —dijo Spencer—. Me retiraré un momento a mi habitación. Volveré cuando llegue la policía... Perdona, señor Martin, pero no puedo resistir este cuadro.

Lowe salió de la habitación a paso lento, cansadamente, y se encaminó a su dormitorio.

* * *

Lou Bates no había conseguido conciliar el sueño, pero veía a Donald en el camastro que parecía dormir como un tronco.

Tiró de la cadena varias veces, pero la argolla estaba bien sujeta a la pared. Si al menos hubiese tenido una lima.

De pronto, Young despertó sobresaltado.

—¡Chris...! ¿Dónde estás, Chris...?

—No está aquí, primo Young, pero yo te puedo llevar hasta ella.

Donald se restregó los ojos.

—Lowe me la traerá.

A Lou se le ocurrió una idea.

—¿Es que no te diste cuenta de una cosa, Donald?

—¿De qué?

—Spencer quiere a Chris para él.

—Mientes.

—Seguro que es la verdad. Vi a los dos en el corredor. Lowe la tenía abrazada, aunque a ella no parecía gustarle. Trató de librarse de él, pero él quiso besarla.

Donald escuchaba con los labios entreabiertos, los ojos desorbitados.

—No es verdad... Chris no es para Lowe...

—Ella no le quiere a él, pero a Spencer le importa un rábano.

—El me la prometió.

—Lo hizo para que le obedecieses, pero ya puedes estar seguro de que faltará a su palabra. No te la dará.

—Te voy a levantar la tapa de los sesos —afirmó Donald, y saltó del colchón empuñando la pistola.

Lou se estremeció pensando que había ido demasiado lejos.

—Eh, Donald, yo sólo he pretendido hacerte un favor. Me has resultado simpático, te lo juro. Y no me gusta nada que Lowe te tome el pelo.

—Spencer cumplirá lo que dijo, me dará a Chris.

—Es posible —repuso Bates.

Pero sabía que había llegado la duda a la mente enferma de Donald.

En aquel instante se abrió la puerta de la escalera de la derecha y Spencer Lowe descendió con una sonrisa en los labios.

—Ya estás vengado, Donald —dijo—. Mac Namara ha muerto.

—Usted me aseguró que yo lo vería.

—Tuve que hacerlo de distinta forma. Aproveché una oportunidad.

—¿Cómo ha muerto?

—Le asesté una cuchillada en el cuello.

—¿Dijo algo?

—Nada. No tuvo oportunidad.

Donald guardó la pistola en el bolsillo.

—Quiero ir con Chris.

—No, Donald. Has de quedarte aquí.

Young le miró con los ojos entornados.

—¿Por qué he de esperar?

—Va a llegar la policía a la casa.

—Iré por Chris antes de que la policía llegue y la traeré aquí. Nunca podrán encontrarla...

—Te digo que no puedes hacer eso. Ya habrá tiempo para todo. Donald endureció sus músculos faciales.

—Señor Lowe, no consentiré que me quite a Chris.

—¿Por qué te la voy a quitar?

—Lou dijo...

—Vaya, parece que Bates nos ha salido hablador.

—Me contó que le vio a usted en compañía de Chris. Usted la pretendía abrazar y besar, pero ella no quería.

—Es falso.

—Si es falso, me dejará ir por Chris.

Lowe sacó una pistola.

—No, Donald, no vas a ir a ninguna parte.

Donald vio el arma y arrugó el ceño.

—¿Qué va a hacer?

—Voy a matarte.

—¿Va a matarme para quedarse con Chris?

—No, Donald... Ése no podría ser el motivo.

—Lo es.

—Chris ya ha muerto...

—¿Qué dice?

—Tuve que matarla para culparla del asesinato de Mac Namara.

—No está diciendo la verdad.

—Sí, Donald. Ocurrió como te estoy explicando y, ahora, tengo que completar mi trabajo... Moriste ahogado y estás muerto legalmente... No puedes resucitar. Te he de matar... Pero no tendrás un nicho, te quedarás aquí... Y también mataré a Lou...

Lou gritó:

—¡Donald, saca tu pistola, rápido...!

Pero Young había perdido el movimiento, estaba paralizado.

—¿Por qué mató a Chris...? Pudimos terminar con mi primo sin necesidad de eso. Yo le podría haber liquidado.

—Tú lo podrías haber echado todo a perder, por eso decidí prescindir de ti en el último momento.

—Eso no era su plan.

—No, no lo era; pero ya te dije que lo tuve que modificar. Mi seguridad es lo más importante.

Lou dejó oír su voz:

—Usted no estará seguro en ninguna parte. Va a pagar sus crímenes.

Lowe esbozó una sonrisa.

—No estaréis vosotros para verlo.

—Está más loco que Donald.

Lowe apretó el gatillo.

Young fue alcanzado por la bala en el estómago. Retrocedió unos pasos achicándose. Fue a decir algo, pero le fallaron las fuerzas y se derrumbó.

Lowe volvió la pistola para disparar sobre Bates.

Duke Martin apareció arriba, en la escalera que daba acceso a la habitación de Spencer.

Al ver el peligro en que se encontraba su amigo, se arrojó desde lo alto.

Lowe disparó la pistola en el momento en que Duke caía sobre él.

El proyectil golpeó contra la pared.

Lowe y Martin rodaron por el suelo.

Se produjo otro estampido.

Lowe soltó un aullido de dolor y se relajó.

Duke le quitó la pistola.

Spencer hacía rechinar los dientes.

—Usted, Duke...

—No me gustó nada la historia que me contó... Después de llamar a la policía fui a su cuarto y dio la casualidad de que usted no estaba allí. Me puse a buscar por la pared hasta que encontré el botón mágico que abría la entrada al pasadizo.

—Máteme, Duke.

—No, Lowe. Sólo está herido en una pierna y no creo que sea grave. La policía debe estar llegando a la casa y ellos se alegrarán de atraparlo vivo.

* * *

Duke y Lou caminaban por la calle.

—Eh, Duke, ¿por qué la secretaria de Mac Namara, Constance, nos quiso apartar del asunto con aquel dinero?

—Hablé con ella en el hospital. Estaba enamorada de Spencer Lowe. Pero no creas que estuviera de acuerdo con él para matar a Mac Namara. Constance admitió a pies juntillas que la profecía era cierta. También es una supersticiosa. Creyó que se cumpliría la sentencia y que Mac Namara moriría. Como consecuencia, Spencer

Lowe dejaría de ser humillado por Mac Namara... Por eso quiso echarnos de la casa. Éramos dos hombres contratados para evitar que la profecía se cumpliera.

—¿Y has creído de verdad lo que te dijo ella?

—Lo cierto es que no ha intervenido en ningún asesinato. Y esa mujer ha pasado lo suyo porque se fue a enamorar de un hombre casado, Spencer, que no le correspondía. Pasó un infierno y lo seguirá pasando... Si mintió, también tiene su castigo.

—¿Sabes una cosa, Duke?

—Dime.

—La profecía se ha cumplido... ¿Te das cuenta...? Carter Mac Namara murió dentro del plazo que la profecía le señaló. ¡Para que luego digas que soy un supersticioso...!

—Pura coincidencia.

—¿De quién vamos a cobrar? —preguntó Lou.

—De Rona, la primera mujer de Carter. Recuperó a su marido porque volvió con ella, y gracias a nosotros, se ha encontrado con una herencia.

—¿Cuánto nos va a dar?

—Lo mismo que íbamos a cobrar de Mac Namara.

—Infiernos, trescientos dólares cada uno.

—También nos va a dar mil extras.

—¿Qué vamos a hacer para celebrarlo?

—Está claro. Tú llama a Mary y yo a Sonia.

—¿Quién es Sonia?

—Una pelirroja que conocí hace unos días.

Lou se detuvo de pronto.

—¿Qué te pasa? —preguntó Duke.

—Mira ahí, en la esquina.

Duke miró hacia aquel lado y vio en la esquina un gato negro.

Lou exclamó:

—No iré con Mary... No celebraré nada... Yo me voy a la cama hasta que termine este condenado viernes y trece.

—Está bien, Lou, vete al hotel y espérame allí.

—Sí, Duke —dijo Lou y echó a correr.

Martin se echó a reír y continuó su camino.

El gato negro le miró malignamente cuando pasó por su lado. Se metió en la primera cabina telefónica que encontró y marcó el

número de Sonia.

Oyó tres veces la señal y al final atraparon el auricular.

—Hola, Sonia, soy Duke Martin.

—¿Cómo te va, chico...?

—He decidido que tú y yo nos divirtamos juntos esta noche.

—¡Cuánto lo siento!

—¿Qué?

—Estoy comprometida... Llegó mi novio, quiso darme una sorpresa y no me anunció su visita... Es sargento y está prestando sus servicios en una base de Virginia... Estará aquí durante las tres próximas semanas...

—Suerte para conservarlo —dijo Duke, y colgó.

Quedóse mirando a través de la cabina porque acababa de descubrir el gato negro.

De pronto, una mano femenina tomó el felino del suelo.

Duke quedó perplejo viendo a la mujer que se había apoderado del gato. Era una rubia fascinante, de cuerpo esbelto y curvas pronunciadas. Salió de la cabina y quedóse mirando a la rubia.

—¿No es usted supersticiosa?

Ella le miró con sus grandes ojos verdes.

—En absoluto.

—¿Sabe que es viernes y trece?

—Me río yo de eso.

—Se me está ocurriendo una idea... Todavía faltan un par de horas para que termine el día... ¿Qué le parece si nos reímos juntos...?

La rubia acarició al gato, lo dejó en el suelo y miró otra vez a Duke.

El conoció su respuesta.

Se acercó a la mujer, la tomó del brazo y, juntos, echaron a andar.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).

Notas

[1] En Estados Unidos el trece y viernes es equivalente al trece y martes español. (N. del E.). < <